

LOS BAILES DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO: UNA ESTRATEGIA DE CONVIVENCIA Y SUJECIÓN.

Cristina Mendoza

www.inbadigital.bellasartes.gob.mx

Formato digital para uso educativo sin fines de lucro.

Cómo citar este documento: Mendoza, Cristina. (2018). Los bailes durante el segundo imperio: una estrategia de convivencia y sujeción. Ciudad de México, México: Cenidi Danza José Limón, p.45.

Descriptores temáticos (palabras clave): Maximiliano y Carlota, Bailes y tertulias en la capital y la provincia, Protocolo y ceremonial.

LOS BAILES DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO:
UNA ESTRATEGIA DE CONVIVENCIA Y SUJECIÓN

Cristina Mendoza

Los bailes durante el Segundo Imperio: una estrategia de convivencia y sujeción.

El día 13 de mayo de 1864 se conoció en Veracruz la aceptación de la corona de México por el Archiduque Maximiliano de Habsburgo, mismo día en que se notificó vía telégrafo a la ciudad de México. Desde ese momento se activaron los preparativos para la recepción de los emperadores que llegaron al puerto de Veracruz el 28 del mismo mes. La pareja real habían embarcado *La Novara* en el puerto de *Civitá Vecchia* y les esperaba un viaje de seis semanas durante las cuales Maximiliano se dedicó a redactar los distintos reglamentos que requería para su gobierno. Uno de los más importantes fue el destinado a regular su Secretaría particular – de la que se encargaría el ingeniero belga Félix Eloin, quien además de fungir como vocero entre la realeza y los periódicos nacionales y extranjeros, comandaba un servicio de inteligencia que le permitía al emperador diagnosticar el estado en que se encontraba el país (Valadés,1977: 165).¹ Asimismo, se ocupó Maximiliano de estipular la normatividad para los distintos ministerios y de dar cuerpo al ceremonial de la corte junto con su esposa, Carlota. La formalidad cortesana era considerada indispensable por los simpatizantes del Imperio para dar realce a la figura del emperador, como lo habían hecho ya Iturbide y Santa Anna, razón por la que se esforzaron de manera especial en definirla.²

Manuel Rivera Cambas describe que a la llegada de los soberanos a Veracruz, el muelle, las azoteas, los balcones y los miradores estaban atestados de personas que querían ver el desembarco. El fuerte de San Juan de Ulúa y todos los buques anclados en la bahía lucían adornos, banderas, gallardetes, lazos y cortinas que mezclaban los colores de las diversas nacionalidades involucradas en la decisión de que México viviera la experiencia de un Imperio “de verdad”. Los consulados y los edificios públicos también se adornaron con banderas, adquiriendo el puerto la imagen de un evento festivo.

¹ Eloin fue nombrado poco después consejero de cabecera de Maximiliano, quien sabía muy poco del país y no hablaba español, pero que tenía el apoyo del rey Leopoldo de Bélgica.

² En respuesta a esta creencia, Santa Anna se había dado años antes un tono de supremacía autoritaria al usar un manto de terciopelo púrpura, orlado de armiño (Ídem).

Circulaba en Veracruz la proclama que expresara Maximiliano antes de su viaje en Miramar, en la que declaró que se entregaba con júbilo a la noble tarea que le había sido confiada por la mayoría de la nación, “persuadido de que el Todopoderoso le señalaba la misión de consagrar todas sus energías y, corazón al bien de un pueblo, que cansado de combates y luchas desastrosas, deseaba la paz y el bienestar, frutos de la civilización y del verdadero progreso” (Rivera Cambas, 1987: 433). Fiel a su tendencia liberal, Maximiliano resaltó la petición de que se le unieran todos los mexicanos para defender:

...la justicia, la igualdad ante la ley, el acceso de cada uno a toda carrera y posición social, la completa libertad personal bien comprendida, y la propiedad; el fomento a la riqueza nacional, las mejoras de la agricultura, de la minería y de la industria, el establecimiento de vías de comunicación para un comercio extenso y el libre desarrollo de la inteligencia en todas sus relaciones con el interés público (Ídem).

Aún en la *Novara*, Maximiliano recibió en el Salón del segundo puente a las autoridades y funcionarios de la administración pública veracruzana, vestido de frac negro, pantalón y chaleco blancos y corbata negra, traje que designó también para las personas que componían su comitiva. El Prefecto Domingo Bureau ofreció un discurso de bienvenida al que Maximiliano respondió con otro, corto, en español. Presentó entonces a la Emperatriz y se dio un intercambio de discursos entre ella y el Prefecto, tras de los cuales bajó a tierra la comitiva real. Al siguiente día se alistó el descenso de los soberanos del *Novara* así como su acogida en la ciudad.

Para tal ocasión, fue construido en el centro de la plaza principal un arco triunfal de vastas proporciones, que al frente lucía el escudo de armas de la ciudad y estaba coronado con las alegorías de las ciencias, la justicia, la agricultura y el comercio. Las calles se habían adornado con escudos, trofeos, coronas en las cuales resaltaban las iniciales de los monarcas, banderas y gallardetes. Algunos vecinos de las casas por donde iba a pasar la pareja imperial también vistieron sus puertas y balcones con cortinas, banderas, lazos, cintas y flores.

Al llegar la caravana hasta un templete, el presidente del Ayuntamiento, Salvador Cerrau entregó a Maximiliano y su consorte las llaves de la ciudad mediante un corto ceremonial. Enseguida fueron conducidos a una carroza

descubierta con el fin de darlos a conocer a los pobladores, siendo acompañados por el general Juan Nepomuceno Almonte, hijo de José María Morelos, conservador de hueso colorado, quien había ocupado en triunvirato la Regencia del Imperio del 13 de julio de 1863 al 20 de mayo de 1864. Les seguía de cerca la comitiva oficial compuesta por las personas que se habían embarcado con los emperadores en Miramar y la música que tocaba sin parar.

En la puerta de la Merced se hallaba otro arco triunfal con poesías alusivas a la paz y la unión de los mexicanos, lugar en el que esperaba el tren que los llevaría hasta la ciudad. La emperatriz Carlota notó el poco entusiasmo con el que fueran recibidos y se disgustó al no haber sido acogida por una comisión de damas como acostumbraba el protocolo europeo (Ídem: 434-435). José C. Valadés indica que pocos fueron los veracruzanos deseosos de ver a los emperadores, ya que la mayoría de ellos tenían tendencias republicanas: “El liberalismo estaba hincado en Veracruz, aparte de que siendo españoles los más fuertes comerciantes de la ciudad, y éstos por naturales y rivalidad se oponían a lo francés, el ambiente para el imperio no fue lo más acogedor” (Valadés, 1977: 166).

Egon Caesar Conte Corti confirma esta versión: “...la pareja imperial atravesó en coche recatadamente por la ciudad dirigiéndose a la estación, las calles estaba tristes y desiertas, no había preparada ninguna festividad en honor de los soberanos, el emperador con ánimo deprimido, la emperatriz casi en lágrimas. El comienzo no era muy prometedor” (Conte Corti, 2003: 277). A pesar de que “la crema y nata” de la sociedad veracruzana les ofreciera un baile, Maximiliano sospechó que no todo México deseaba el régimen imperial como se lo habían asegurado los representantes del partido conservador y, con el ánimo circunspecto desapareció pronto del festejo.

Orlando Ortiz argumenta que los emperadores salieron de Veracruz inmediatamente, por miedo a las enfermedades, sin considerar “que las autoridades costeñas habían gastado más de 23, 000 pesos en darle una ‘manita de gato’ al palacio municipal, además de una erogación fuerte para subvencionar los adornos, costear banquetes, bailes y otras actividades destinadas a agasajar durante dos

días a los emperadores. En total, el presupuesto para la recepción sumó 54, 954 pesos” (Ortiz, 1999: 26) ³

Al ser conducida la pareja hacia la ciudad de México se les brindó una serie de festejos en los distintos lugares por los que atravesó el cortejo. La siguiente población de importancia a la que arribaron fue Córdoba, lugar en el cual José Julián Carrillo les entregaría las llaves de la ciudad a su llegada, a las dos de la mañana. Ahí, una comisión de señoras recibió a la emperatriz en la habitación que estaba preparada para la pareja. A la mañana siguiente asistieron a un *tedeum* y Carlota invitó a varios personajes de la localidad a una comida que le fuera obsequiada por los organizadores de la recepción, que duró de las siete a las nueve de la noche. Los emperadores enfilaron entonces hacia Orizaba, y en la barranca de Villegas fueron recibidos por el prefecto Ramón M. Seoane, acompañado del conde del Valle y otras personas distinguidas.

Orizaba se encontraba también engalanada. Rivera Cambas relata cómo en la citada barranca, el alcalde municipal, Albino Herrera se les unió, para tomar parte en la sencilla ceremonia en la que le fueran entregadas las llaves de la ciudad a Maximiliano, a quien se le improvisó un trono (Cambas, 442). Al término de la misma, subieron los emperadores nuevamente a su carruaje y continuaron hacia la ciudad. Se apearon al llegar a la Parroquia, donde los obispos de Puebla y Veracruz les dieron la bienvenida. La pareja real fue acomodada bajo un dosel y se celebró el acostumbrado *tedeum*. Después de esta formalidad religiosa fueron conducidos hacia su alojamiento, a pie, bajo una fuerte lluvia. La ordenada comitiva se transformó pronto en un pelotón donde todos se mezclaron: emperadores, cortesanos, munícipes e indígenas. En esta ocasión, una comisión de damas esperó a los emperadores a la entrada de la casa seleccionada como habitación y después de las presentaciones y comentarios propios, Maximiliano salió a uno de los balcones de la misma para recibir los saludos de los pobladores. A las seis de la tarde se les ofreció un banquete al que concurren varias señoras principales, los dos obispos, el cura párroco, algunos generales y otros importantes invitados. La pareja imperial se retiró a descansar a las nueve de la noche, pero al poco tiempo

los inquietó un grupo de músicos que les ofreció un himno compuesto en su honor, por un vecino de la ciudad de nombre Miguel Carbajal (Ídem, 443).

Describió también el autor un baile que se efectuó el 1 de junio en la casa del Sr. Bernard, al que Maximiliano y su consorte se presentaron a las diez de la noche, pasando bajo una hilera de soldados franceses que tenían antorchas de cera en las manos, al fin de la cual fueron acogidos por varias comisiones integradas por los lugareños. A la hora del evento festivo, Maximiliano invitó a bailar la cuadrilla de honor a la señora María Dolores Quezada, y la emperatriz a su esposo, el general Almonte. Para la segunda cuadrilla Maximiliano eligió a la señora Herrera, y la emperatriz al general de Maussión. Los monarcas se retiraron a las doce, sin haber querido gustar del exquisito ambigú que se les había preparado, pero no por eso paró la celebración, que continuó hasta la seis de la mañana (Ídem: 444).

Durante el recorrido de Orizaba a México, se dice pasaron por 1500 arcos de triunfo, seis por cada kilómetro, fabricados con plantas y flores, la mayoría hechos por los indígenas de los alrededores (Pani, S/F, 446). Indica Rivera Cambas, que cerca de Acultzingo asistieron a un almuerzo donde probaron “los platillos del país: mole de guajolote y tortillas enchiladas y bebieron pulque” (Rivera Cambas en Valadés: 167). En tal ocasión, comentó el príncipe Maximiliano que para esa bebida y comida “era necesario acostumbrarse, como con el queso suizo y la mostaza inglesa” (Ídem).

Al llegar a Xonaca, (4 de junio) localidad situada camino a Puebla, se procedió a un recibimiento al que asistieron los representantes oficiales, militares, religiosos y civiles. Se intercambiaron los esperados discursos y después de pasar por varios arcos triunfales, vallas de soldados y de civiles, se dispuso una importante ceremonia religiosa. Maximiliano y Carlota fueron alojados en dicha ocasión en el Palacio episcopal donde se les brindó un convite oficial. Por la noche hubo fuegos artificiales y al día siguiente se programó el consabido besamanos en el mismo Palacio. Durante la noche asistió la pareja real a un suntuoso baile en el salón de la Alhóndiga, solicitando a todos aquellos invitados que no tuvieran uniforme oficial, se presentaran con traje negro y corbata blanca con el fin de guardar la etiqueta estipulada (Rivera Cambas: 445).

El día 3 de junio, más descansados, enfilaron los emperadores hacia la capital después de haber nombrado a varios servidores como caballeros de la Orden de Guadalupe y a algunas señoras distinguidas como damas de honor, entre ellas a Josefa Carrasco de Salas y a Concepción Tagle de Adalid, quienes desde ese momento iniciaron sus funciones (Ídem).

En México, los títulos nobiliarios habían sido suprimidos en 1826, después de la Independencia, pero al establecerse la Regencia fueron consentidos nuevamente, mediante un decreto del 5 de septiembre de 1863 (Ratz y Gómez, 2012: 43). Los cortesanos de los emperadores fueron rescatados de la mermada nobleza colonial -todos con peso económico y social-, y de la indígena.⁴ Una de las dos damas de Carlota fue Josefa Varela “una auténtica india [...] de color café oscuro” descendiente, según se dice, de Moctezuma o Nezhualcóytl. También fueron damas de palacio, Manuela Gutiérrez Estrada de Barrio, hija del más eminente mexicano en favor de la monarquía y Mercedes Esnaurrizar de Hidalgo, madre de José Hidalgo (Pani: 427).⁵

El 5 de junio llegaron los emperadores en carretela abierta a Puebla, ciudad conservadora, profusamente engalanada. En ésta localidad se les entregaron nuevamente las llaves de la ciudad y se les ofreció un *tedium*. Al día siguiente visitaron algunas escuelas, el Hospicio para pobres y disfrutaron de una tertulia en la que se cantó un himno compuesto para ellos por Narciso Bassols y Pablo Sánchez. El día 7 de junio era cumpleaños de la emperatriz ocasión que fue aprovechada por los conservadores para demostrarle su aprecio. Después de la

⁴ Entre la nobleza se mencionó a los Suárez Peredo, Condes del Valle de Orizaba; los Morán, Marqueses de Guadalupe; los Rincón Gallardo; los Sánchez Tagle; los Cervantes; los Raigosa; los Lizardi y los Del Valle. Pani, op. cit., p 426.

⁵ Ídem, 427. Pani refiere que al servicio de la emperatriz había cuarenta damas y entre treinta y seis y cuarenta chambelanes, que se turnaban cada semana, por lo que a cada uno les tocaban dos semanas de servicio al año. Maximiliano, casi no veía a las damas de honor y como lo expresó a su hermano, la finalidad de esta corte era “asegurar los vínculos del imperio con las personas que podían serles útiles, a niveles económico, político y social”. De tal forma, cualquier oportunidad, sobre todo durante los viajes de Maximiliano, era aprovechada para hacer nombramientos a los notables de la ciudad. Los nombramientos eran una especie de recompensa por los servicios prestados al imperio y para neutralizar a aquellos elementos que no simpatizaban con el régimen imperial. Entre los condecorados se reconoció un amplio espectro donde eran incluidos prefectos y caciques indígenas hasta coheteros, sastres y zapateros (Ídem: 430-432).

misa y las felicitaciones, hubo una comida y un baile en la Alhóndiga, adornada con profusión de flores y vistosos trofeos militares.

Rivera Cambas describió el comportamiento de los emperadores durante el baile de celebración que se le hiciera a Carlota:

La Emperatriz recorrió el salón dirigiendo saludos a las Señoras que estaban en pie y fue con Maximiliano a ocupar el trono; bailó Maximiliano la cuadrilla de honor con la Señora Guadalupe Osío de Pardo, la Emperatriz con D. Fernando Pardo [...] Enseguida invitó Maximiliano a los concurrentes a que bailaran otras piezas y él mismo tomó parte en algunas de ellas. Llamó la atención el blanco y elegantísimo traje de seda que llevaba la Princesa, la corona de diamantes y esmeraldas, el magnífico collar de diamantes y las riquísimas pulseras de piedras preciosas que completaban el lujoso adorno. Los emperadores se retiraron a las doce y media, acompañándolos hasta el coche la mayor parte de los concurrentes que repetían vivas y las entusiastas aclamaciones (Ídem: 447).

Para acordar el programa de su entrada a la ciudad capital se tuvo en consideración el deseo que expresara Carlota de visitar el Santuario de la Virgen de Guadalupe. El recogimiento que esperaba tener la princesa en el interior del templo fue impedido por más de doscientos coches descubiertos ocupados por damas mexicanas, elegantemente vestidas que se presentaron a su vista y una caravana de cerca de quinientos jinetes, con traje negro y guante blanco que se apearon de sus cabalgaduras, ante la presencia de los soberanos (Rivera Cambas: 449).

El 12 de junio, al llegar a la estación de la Concepción, según De Arrangoiz, le fueron entregadas a Maximiliano las llaves de la ciudad, en el trono provisional ahí erigido, por don Miguel María Azcárate. Al llegar a la Catedral, los Arzobispos de México y de Michoacán los recibieron, junto con los Obispos de Oaxaca, Querétaro y Tulancingo; el Cabildo metropolitano, los párrocos y todo el venerable clero de la capital. El encargado de cantar el *tedeum* fue el arzobispo Antonio de Labastida, acompañado de orquesta y coro (De Arrangoiz, 1968: 682).

El mismo autor declara:

A las ocho y media de la mañana, en la estación del camino de hierro convertida en un vasto salón en cuyo centro se elevaba un trono provisional, y cuya alfombra en todo lo largo del salón llegaba hasta cerca de los rieles o rail, se reunió la comitiva oficial que debía marchar a Guadalupe, y salió inmediatamente, presidida por el señor Prefecto político de México. Llegada al edificio del Cabildo de la Colegiata, aguardó a SS.MM. en una sala contigua a las alcobas imperiales, y a la cual fueron

entrando sucesivamente el gran Mariscal de la Corte, las Damas de honor y otras personas de la casa de SS. MM. Serían las nueve, cuando SS.MM., que habían ya oído misa en la Colegiata, salieron de sus habitaciones, seguidos de la comitiva, y a pie, y correspondiendo a las saluciones y aclamaciones de la gente agolpada en el tránsito, fueron a la estación del camino de hierro, a tomar el tren que debía traerlos a México. El vagón destinado a SS. MM. Estaba ricamente alfombrado; tenía el cielo de seda azul, cornisa de metal dorado, colgaduras de raso blanco; y en el fondo, un camarín forrado de seda carmesí con dos magníficos sillones... (Ídem: 681)

Otra descripción, esta vez de Suzanne Desternes y Henriette Chandet, apunta que al llegar al atrio de la catedral, la pareja descendió de su carruaje para asistir a un *tedium*, seguidos, por el general Aquiles Bazaine, los oficiales, la corte, los dignatarios. Bajo el pórtico, el arzobispo esperó a la pareja imperial, a la que precedió hasta el pie del altar. Después de la ceremonia religiosa, narran las autoras:

...Maximiliano y Carlota, siempre aclamados, se dirigen a pie al palacio imperial, bajo palio, y a sus pies se extiende una alfombra roja. Dos grandes retratos de sus majestades, encuadrados por banderas y flores, están colocados en la entrada del palacio, larga y basta construcción de dos pisos, con aspecto de caserna y sus ciento once ventanas, construcción más bien deteriorada porque durante los años en que México se debatía en la guerra civil, nadie pensó en conservarla [...] En la sala del trono, restaurada, todos los partidarios del nuevo emperador, reunidos, acogen a éste con un estruendo de aplausos [...] Y al lado de Carlota, radiante, Maximiliano pronuncia su primer gran discurso. Saluda a los altos dignatarios del Estado, a las corporaciones, a la municipalidad. Señala las grandes líneas de su programa... (Desternes y Chandet, 1964: 198)

Ante el abrazo que cálidamente le ofrece la esposa del regente, la Señora Salas, Carlota, “después de retroceder con aire de ofendido, reconoce una tarea imprevista: educar a la corte” (Ídem: 200).

Brigitte Hamann asienta que esa parafernalia no estaba hecha para México “...la sociedad en general está, sin embargo, contra la etiqueta, usual en las cortes imperiales de Europa”. De ahí que las salidas de tono fueran frecuentes, sobre todo en el interior de la república, donde era todavía “más inusual cualquier formalidad y la ausencia de ella se toma, como manera de estimación absoluta” (Hamann: 1989,115). A manera de ejemplo describen las autoras un baile organizado por la municipalidad en el que las personas se mezclaron sin orden protocolar ya que lo

que se buscaba principalmente era “crear un movimiento en torno de los soberanos” (Ídem).

En esos años, la capital del país tenía aproximadamente 200,000 habitantes, distribuidos en 245 manzanas. Se calcula que las casas de uno o dos pisos existentes en el área urbana eran unas 4,200 (Ortiz, 1999: 22). En la ciudad había 4,527 establecimientos comerciales de giros distintos, tendajones, tiendas de abarrotes, pulquerías, tabaquerías, casas de empeño, cafés, neverías, entre otras. México era un país eminentemente rural y en crisis. Las “grandes ciudades” podían contarse con los dedos de una mano y sus habitantes no eran más de 50, 000 en cada una, excepto la capital. Guadalajara, Guanajuato, Puebla y Querétaro eran otras de las grandes urbes, donde sin embargo, prevalecían la miseria, la mugre, la delincuencia, el desempleo y completaban el panorama una minoría de comerciantes, rentistas, hacendados, una clase media reducida, y clérigos usureros que acaparaban 20 por ciento de la riqueza.

En el campo radicaba 90 por ciento de la población pero de manera dispersa, en pequeños núcleos: rancherías, aldeas, villas, ranchitos, las más de las veces incomunicados entre ellos y ajenos a cuanto pasaba en el país. La producción agropecuaria era de subsistencia y con métodos rudimentarios. Sólo unas cuantas haciendas trabajaban con visión diferente, para abastecer el mercado regional, cuando mucho (Ídem: 27-30).

En su libro, Valadés enuncia que gracias a Humboldt -quien divulgó las riquezas del país-, así como a la descripción hecha en periódicos y revistas de la época con relación a las ganancias mineras, los atractivos mercantiles y

...las pinturas y litografías de maestros en el arte de reproducir las exuberancias de la flora tropical, sirvieron para enajenar a la mentalidad europea; tanto así, que sin el conocimiento cierto del suelo mexicano, las guerrillas, el gavillerismo y el alzamiento alcanzaron la más negra fama, de lo que vino la creencia en los Estados de Europa que México era pueblo desgraciado e inestable, entregado a la violencia por sistema; y fue esta atropellada idiosincrasia la que consideró la posibilidad de que los extranjeros concurrieran a “regenerar” el país (Valadés, 147).

Un periódico francés de 1864, publicó la siguiente nota, sin reconocer que los españoles ya habían mermado la minería nacional, ocasionando daños ecológicos, irreparables:

Sonora es el país más rico del universo en plata y oro, por más que sus minas, explotadas en otro tiempo, se hallen ahora mal entretenidas o abandonadas por completo, ya sea por la incuria o rapacidad de los gobernantes, o bien porque la falta de seguridad y las guerras civiles han dispersado a los trabajadores (Ídem).

Estos relatos artificiosos, crearon fantasías especulativas en la mente de muchos europeos.

En el México de entonces, la propiedad privada sólo existía en las ciudades importantes y en el medio rural se vivía en propiedad patrimonial y sin algún fundamento jurídico que determinara derechos y obligaciones:

Los únicos instrumentos que dividían el suelo eran los títulos expedidos por la Corona de España; ahora que estos eran mercedes y no testimonio de individuación territorial. De esta manera, la demostración auténtica de las colindancias de una propiedad no se conocía. Aun las haciendas –fincas de campo-, carecían de escrituraria; sus linderos fueron modificándose según las conveniencias particulares; y sólo contadas haciendas podían mostrar testimonios públicos, y éstos con colindancias vagas (Ídem 148).

Estas condiciones harían más difícil el gobierno de Maximiliano. No obstante, cuando entraron en el Palacio Nacional y a su paso fuera izado el pabellón mexicano, el futuro se antojaba prometedor. Una comitiva felicitó a los emperadores y todos se encaminaron dentro del mismo:

...la caballería mexicana, el Ayuntamiento, los prefectos, el consejero barón Schertzelechner, el doctor Semeleder y el secretario Iglesias; las damas de Palacio, el ministro de Estado D. Joaquín Velázquez de León, el general Almonte y su señora y tres oficiales de órdenes y por último los Emperadores. Les seguían los generales Bazaine, Woll y Salas, entre otros muchos más. Los balcones de las calles de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados a precios fabulosos por la multitud de personas que deseaban presenciar la entrada de los monarcas (Rivera Cambas: 451).

Arrangoiz indica que hubo personas que llenaron los caminos de Morelia, Toluca y “de todos los puntos del Imperio” que deseaban ver a los emperadores, y detalló la entrada triunfal:

Poco antes de penetrar en la primera calle de Plateros, se elevaba en la Plaza de Armas un suntuoso arco dedicado al Emperador; arco majestuoso, de orden romano, de bellísimas proporciones [...] En ese arco lucen cuatro hermosas columnas de bellas proporciones, y en los intercolumnios se descubren, en relieve, la alegoría de las ciencias y de las artes. Sobre el cornisamiento se admira un friso

donde van representadas, en bajo relieve, la Comisión de Miramar y la Junta de Notables: sobre ese acabado friso, que sirve como de zócalo, se destaca la estatua del Emperador, de tres y media varas: a su derecha tiene la figura que representa la Equidad, y a la izquierda la Justicia: ambas de un mérito sobresaliente y de gran efecto (Arrangoiz, 681)

Los adornos habían estado a cargo de comisiones, entre ellas, la de San Luis Potosí, Tulancingo y Guanajuato.

Manuel Mañón refiere que se recibió en el Palacio Nacional a los emperadores con el cumplimiento del ceremonial monárquico, al que concurrieron el general Bazaine, militares franceses, el lugarteniente, general Almonte; los ministros; el arzobispo Labastida seguido de multitud de obispos y canónigos, los generales imperialistas mexicanos, el claustro de doctores con borlas, la orden de Guadalupe, representada por el general don Tomás Mejía, y los empleados públicos del Imperio (Mañón, 2009: 157).

Los salones del Palacio Nacional –nombrado desde ese momento como Palacio Imperial- fueron lujosamente decorados con los muebles que se habían traído de Europa, mismos que fueron reembarcados cuando el experimento del Segundo Imperio Mexicano sucumbió (Ídem).

Valadés comenta que ya en el Palacio, ocuparon el trono que se les erigió, según protocolo. Maximiliano vistió para la ocasión uniforme militar y sombrero montado de general mexicano y Carlota lució un traje de seda azul y blanco (Valadéz: 169). Los imperialistas estaban poseídos por una especie de delirio a la vista de los acontecimientos que algunos años antes habían creído una quimera” (Rivera Cambas: 449). Como un augurio negativo, faltó a la recepción el representante de la Unión Norteamericana, ya que se le habían dado órdenes de salir del país al darse a conocer la llegada de los emperadores (Corti: 280).

A pesar de los esfuerzos para acomodar de manera regia a los emperadores el Palacio estaba en un franco descuido:

Muchos vivas y cohetes y cuchí-cuchis y discursos y hasta obispos y arzobispos hisopeándolos con agua bendita y arropándolos con plegarias, oraciones, jaculatorias y similares, pero... no había ni una habitación preparada en la que pudieran descansar cómodamente sus de seguro adoloridas osamentas. Había por ahí unas camas, pero con los colchones tan llenos de chinches y otras alimañas que

Maximiliano decidió mejor tenderse sobre la mesa de billar que había en unos de los salones de Palacio y Carlota optó por quedarse en un sillón (Hamann: 115).

Después de haber descansado en sus habitaciones, los jóvenes príncipes hicieron un recorrido en carruaje por la ciudad.

Una vez instalados, se ofrecieron en este recinto numerosas comidas para las personalidades distinguidas, con el propósito de conocer a los que serían protagonistas en la Corte, aunque ya se habían realizado algunos nombramientos, como el de doña Guadalupe de Cervantes y Ozta –esposa de don Antonio Morán, marqués de Vivanco- a quien designaron dama de la emperatriz (Ídem).⁶

Desternes y Chandet, (201) también relatan que durante los primeros días del Imperio, las diversiones se sucedieron una tras otra. En el Teatro Imperial se exhibieron representaciones de gala en las que desfiló el lujo: “los vestidos femeninos, las alhajas, los diamantes, los uniformes galonados. En el curso de una de estas representaciones, Concha Méndez, a quien se la llama el ruiseñor cubano, canta una nueva habanera, *La paloma*, que se convertiría en la tonada predilecta de la emperatriz Carlota.

Las fiestas duraron quince días, en las cuales los acaudalados y cercanos al poder disfrutaron de los distintos eventos, entre los más suntuosos, la Ópera y los grandes bailes ofrecidos por la municipalidad (Blasio: 6).

El baile de recepción de los emperadores, el 19 de junio de 1864 se llevó a cabo en el Gran Teatro Imperial, que no era otro que el Teatro Nacional, al que le cambiaban el apelativo según soplaran los vientos políticos.

Los emperadores, su séquito y el Excelentísimo Ayuntamiento de la capital llegaron a las 9:30 en punto. La fachada del teatro había sido iluminada con luces de bengala; el interior estaba decorado con numerosas arañas de esperma, (no de cera ni de sebo, porque habría sido algo ordinario) y alfombras de color blanco salpicadas de lentejuela y escarcha de plata. En el vestíbulo habían instalado un trono bajo un dosel de seda carmesí y a él fueron conducidos los soberanos por una escolta de pajes con hachas de cera.

⁶ Otras de las que obtuvieron ese cargo fueron Dolores Quesada de Almonte –consorte de Juan Nepomuceno Almonte- doña Josefa Cardeña de Salas y doña Concepción Sánchez de Tagle, esposas, respectivamente, del general Mariano Salas y de don José Adalid, así como también doña Josefa Aguirre de Aguilar” (Ídem).

Con base en una crónica del *Diario Oficial*, Luis Reyes de la Maza, nos narra el acontecimiento de esta manera:

Igualados el techo y el piso del escenario con los del patio, pendían del primero multitud de arañas con esperma, reproducidas en los cien espejos con que fue adornada entre arbustos y bandas de color la hilera de balcones y plateas. El piso tenía alfombra blanca con lentejuelas y escarcha de plata. Los palcos primeros quedaron abiertos a la concurrencia y los de la parte alta del teatro, cerrados y gustosamente engalanados.

Una plataforma levantada en el fondo del escenario estaba ocupada por la brillante orquesta del Sr. Usebio Delgado. A lo largo del salón, formando una inmensa herradura, había tres hileras de asientos para las señoras. En el punto donde debieron unirse el piso del escenario y del patio, a la derecha de la entrada principal del salón, alzábase el trono de SS. MM. Bajo un elegante pabellón de seda carmesí.

A las nueve y media SS.MM. II., acompañadas de su séquito y del Excmo. Ayuntamiento de la capital, desmontaron de su carroza en el vestíbulo del Gran Teatro Imperial, cuyo frente, así como toda la calle de Vergara, se iluminó instantáneamente con luces de bengala (...)

Dióse principio el baile con la cuadrilla de honor que formaron S.M. el emperador con la señorita dona Trinidad Azcárate, hija del señor prefecto municipal de México. S.M. la emperatriz con el Excmo. Señor general Bazaine. El gran mariscal de la corte con la señora Montholon y el señor ministro de Francia con la señora Almonte. Terminada la cuadrilla de honor, la concurrencia siguió bailando piezas diversas hasta las cinco y media de la mañana...

...ambos soberanos recorrieron los estrados donde se encontraban los invitados, quienes fueron presentados a ellos en medio de caravanas y sonrisas. La emperatriz, que “levaba un rico traje de seda de color rosa, con vuelos de encaje de Inglaterra, y una corona de diamantes que verdaderamente deslumbraba”, conversó animadamente con varias damas y caballeros que no cabían en sí de orgullo y de emoción. El emperador, una vez que terminaron las presentaciones, con su severo traja negro, y como única condecoración la medalla y banda de Gran Maestre de la Orden de Guadalupe, abrió el baile acompañado por la señorita Trinidad Azcarate, hija del prefecto municipal. La emperatriz bailó con el general Bazaine, comandante general del ejército que realizó los sueños de Napoleón III de apoderarse de la República Mexicana. Juan Nepomuceno Almonte, que de la noche a la mañana se vio convertido en gran mariscal de la corte, reventaba de placer bajo su recién confeccionado uniforme y con alegría abrió también el baile llevando por compañera a la señora Montholon, mientras que la mariscala consorte se daba el lujo de bailar, nada menos, con el ministro de Francia, M. Dubois de Saligny (Ortiz, 1999: 27-30).

Ortiz describe que los señores “traían la pechera de su frac tachonada de condecoraciones, cruces, bandas, y cuanto creyeron que podría singularizarlos como aristócratas, valientes, heroicos y dignos de figurar en una corte imperial”. (Ídem).

Conocedor del trágico fin de Maximiliano, De la Maza narró en tono premonitorio:

Todo era luz, joyas, frufuseo de sedas y telas finas, miriñaque, polizones, crinolinas, encajes, perfumes, música embriagadora y bebidas no menos melodiosas al paladar en el interior del teatro adornado con fastuosidad digna de la ocasión. Pero este coliseo estaba inserto en un país con ocho millones de habitantes, de los cuales se concentraban cinco millones en la franja central, dejando en un olvido peligroso – que ya le había costado la pérdida de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio- las tierras del norte (ídem).

Rivera Cambas coincidió en que ésta fue “una de las fiestas más suntuosas, en la que lucieron muchas bandas, brillaron muchas cruces y bailaron los emperadores”; la concurrencia fue numerosísima y la política “el verdadero objeto de tan espléndida reunión” (Cambas, 454).

A la par de estas notas entusiastas aparecieron otras reseñas críticas, generalmente en periódicos extranjeros, justa mirada al trasfondo de un país con grandes contrastes e inestabilidades:

El gran corredor cuyas paredes y columnas han sido más de una vez taladradas por la metrallera, ocultaban debajo del cortinaje y las alfombras las cicatrices de las guerras civiles. Un doble emparrado de plantas y de arbustos, ostentaban a la luz de las bujías sus flores y follajes acostumbrados a la claridad del sol. ¡Oh trastorno de las cosas humanas! El gran salón, el salón del trono sólo daba cabida a los galantes cortesanos. Nosotros hemos visto y oído echar flores y decir requiebros en los mismos lugares en que los agiotistas proponen sus negocios; el ecarté ocupaba las veces de la política; pero no hay en esto un gran contraste y nosotros como cronistas hemos tenido el honor de discutir sobre las trufas, saboreándolas y de resolver la gran cuestión del grado exacto que debe dar la congelación a la champaña que tronaba en aquel gabinete donde el consejo de estado ha deliberado en ayunas sobre cuál será la mejor constitución que se pueda dar a la mejor de las repúblicas posibles (Lavalle, 1991: 14).

Con prontitud, Maximiliano y Carlota se dispusieron a ejercer sus funciones. Durante los primeros días de su reinado visitaron los establecimientos de beneficencia y los principales templos. Maximiliano se levantaba a las cuatro de la mañana para trabajar con su secretario particular vestido con una especie de pijama. Blasio o Eloín le leían las cartas recibidas o las redactadas para envío, así como los documentos pendientes de aprobación. Después de asearse, sus camaristas –uno italiano y otro austriaco- lo vestían y peinaban, desayunaba ligeramente y al terminar, mientras paseaba de un lado a otro, dictaba nuevas cartas, disposiciones o la agenda pertinente, y firmaba los documentos pendientes.

Después, salía a dar un paseo por los jardines o acudía a audiencia, privada. Almorzaba a las nueve en punto, por lo general en su habitación. Recibía en acuerdo a los ministros, daba audiencias públicas o realizaba recorridos por la ciudad a establecimientos públicos, seguido por su secretario quien anotaba las observaciones del emperador o demandas del público. Los ministros de Estado tenían un día y hora determinada de la semana para celebrar acuerdo con él: los lunes, de once a doce correspondía al titular del Ministerio de Estado, Negocios Extranjeros y Marina; los martes, al Ministro de Gobernación. Antes de acudir a su audiencia con el emperador, “los funcionarios verificaban, una hora antes, que la bandera estuviera izada en el asta de Palacio; que el pendón no tremolara en dicho mástil significaba que la reunión se celebraría en Chapultepec” (Ortega: 64)

A las cuatro de la tarde le servían la comida; cuando había invitados ésta era atendida por Maximiliano en un comedor. Después de la comida, el grupo de comensales pasaba al salón fumador, donde se servía tabaco, coñac y café y platicaban hasta que Maximiliano se despedía con voz pausada y cálida (Ortiz: 69-70). Los camaristas entraban en la alcoba del emperador a las ocho en punto, para desvestirlo y dejarlo metido en su lecho, para reanudar su rutina sin importar si la noche anterior hubiera asistido a una representación teatral, banquete, tertulia o baile formal, de los cuales acostumbraba retirarse en punto de las doce (Ídem: 71).

El 6 de julio, fue cumpleaños del emperador, ocasión que celebraron los intervencionistas con *tedeum*, besamanos, banquete y discursos a los que asistió solo la emperatriz, pues Maximiliano quiso apartarse del bullicio. Acudió no obstante a dos bailes, uno organizado por el Ayuntamiento y otro por el general Bazaine. Para el primero se abrieron suscripciones pues el príncipe se opuso desde un principio a que se gastase el dinero del erario público en dichas celebraciones. En esa festividad las familias aristócratas, apoyo del imperio, se engalanaron, mientras que pocos liberales asistieron. Para el convite que ofreciera el general Bazaine se estipuló de forma rígida la hora en que los invitados debían presentarse pues la impuntualidad de los mexicanos era desde entonces conocida.

Bertita Harding refiere que si bien era conocido que Maximiliano vivía tranquilo en Chapultepec y que no gustaba de los deleites de la sociedad europea,

se determinó la organización de recepciones de gala para ganar popularidad. Una de las primeras se llevó a cabo en enero de 1865, mes en el que había surgido un desacuerdo con el nuncio. En ese momento se notificó que se condecoraría a las personas que apoyaban el imperio con la medalla de la Orden de Águila Mexicana. Muchos creían merecerla. Carlota conformó también la Orden Imperial de San Carlos, su santo patrón.

Los banquetes eran espléndidos, y según describe Harding: “Empezaban a las tres y treinta de la tarde y duraban no menos de tres horas; generalmente una hora o dos se dedicaba a la conversación [...] Las invitaciones se mandaban por separado rotuladas por los soberanos”. Los menús, en francés, eran imponentes por su longitud. En marzo 29 de 1865, se le ofreció a Bazaine una cena de estado en honor de su elevación al rango de Gran Mariscal de Francia. Se sirvieron entradas, sopas, carnes y pescados, ensaladas y postres, además de bebidas europeas (Harding: 183-186).

Para las ocasiones menos formales, los menús se presentaban en español, sirviendo como ejemplo el del 25 de abril de 1865, que constó de:

Entradas y sopas

Sopa al estilo Sévigné
Las croquetas a la Mazarin
El arroz con ostiones

Carnes y pescados

Los lomos a la parisienne
Las truchas a la genovesa
Las costillas a la jardinera
Los patés con aceitunas
Los filetes de gallina a la Tolosa
Los pasteles de Strasburgo
Los chíchharos a la francesa
Los coliflores a la francesa

Asados

Los pollos con trufas
Las codornices con trufas

Ensaladas

Postres

Pudín de sago
Croquetas de arroz
Crema de todas la frutas
Conserva de peras
Queso y mantequilla
Helados de fresa y leche
Frutas y Pasteles.

El emperador comentó en alguna ocasión que los diplomáticos “tragaban” y se emborrachaban tanto, que después de la cena no podían más que “balbucir tonterías inarticuladas” (Ídem: 187).

Maximiliano trajo a muchos de sus músicos de Europa, por lo que los programas dentro de estos eventos seguían los clichés propios de París, Londres o Berlín. Ocasionalmente se tocaban los intrincados ritmos españoles o la síncopa Creole. Menciona Harding un concierto después de una cena el 27 de abril de 1865, en la que se tocó una habanera cubana: “atacada con bravura y entregada mansamente a las más cuerdas medidas de una Euterpe germana” (Ídem).⁷

Según Rivera Cambas, (490) esa conducta no podía menos que verse como una vanidad pueril y enteramente inútil, cuyo visible resultado era gravar aún más el tesoro público. Sin embargo, la elegancia fue descrita con admiración por muchos de los colaboradores y allegados a la Corte.

Valadés comenta que cuando el emperador se dirigía a Palacio Nacional, vestía levita negra larga, llevaba el Toisón de oro al pecho y sombrero de copa alta color gris, que “luego se puso de moda entre los petimetres de la ciudad de México”, mientras que la emperatriz, si lo acompañaba “cubría sus hombros con rica mantilla de seda negra y llevaba sombrero de color negro” (193). Este autor menciona que la vida transcurría para la pareja en medio de alegorías, puesto sólo veían la

⁷ El programa presentado fue el siguiente:

- N. 1. Marcha por.....Sauerthal
- N.2. Orpheus (Apertura),porOffenbach
- N.3. Cellonen (Vals), por ...Strauss
- N.4. Un ballo di Maschera (Cuadrilla), por ...verdi
- N5. Waldr[oslein (Mazurka), por Fahrbach
- N.6. La Zingara (Divertissement), por Balfe
- N.8. La campana (habanera), por Delgado
- N.8. Demclirer (Polka), por... Kaulich
- N.10 Marcha, por Sauerthal

realidad mexicana subjetivamente y sus mentalidades y hábitos seguían atados a Europa. No obstante, señala que era frecuente ver que Maximiliano montara vestido con traje de charro mexicano de paño azul, con botonaduras de plata y ancho sombrero gris con toquilla blanca y una silla vaquera, convencido que de esta manera se haría cercano a la población, o bien, atrapado por el exotismo del viajero europeo (Ídem).

El gobierno de Maximiliano intentó modernizar la ciudad de México a través de su alcalde Ignacio Trigueros, quien mandó poner alumbrado en las calles, impuso el servicio de limpia y veló por la seguridad al apostar vigilancia nocturna. Al mismo tiempo hubo mejoras en la higiene al remodelar los espacios públicos. Para el último tercio del siglo, en el oriente de la ciudad predominaban la pobreza, la falta de luz y drenaje, mientras que en el centro, las calles como Plateros eran amplias, contaban con un buen empedrado, servicio de atarjeas y alumbrado. Como muchas otras calles del centro de la ciudad (García López: 1999,108). Estas mejoras propiciaron el auge de las diversiones públicas, como el teatro, la ópera y el circo. Asimismo, la rehabilitación de los paseos de La Viga, Bucareli y el de La Alameda, posibilitaron que un mayor número de personas, buscara distracciones entrada la noche (Ídem: 113-114). Otros lugares socorridos fueron los cafés, tabernas, fondas, bares y teatros populares, que impulsaron la sociabilidad (Ídem: 118).

Manuel Mañón señala que el Gran Teatro Imperial había permanecido cerrado hasta el mes de julio de 1864 en que volvió a abrir sus puertas para celebrar el cumpleaños de Maximiliano con la ópera *Agorante, rey de la Nubia*, con música del mexicano Manuel Meneses. El 12 del mismo mes se estrenó otra ópera mexicana *Pirro de Aragón*, escrita por Leonardo Canales al que asistieron también los emperadores (Mañón: 158).

El 10 de octubre se organizó, bajo el patrocinio de la emperatriz Carlota, un concierto a beneficio de los pobres en el Gran Teatro Imperial, en el que se le dedicó un *Scottisch* denominado *El advenimiento*, compuesto por Emile Palant (Ídem: 161).

En su libro *Un viaje a México en 1864*, Paula Kolonitz menciona una función de gala:

La pareja imperial, que había traído consigo desde el otro lado del mar la más escrupulosa exactitud, propia de la corte de Viena, llegó al teatro al sonar las ocho

y la mitad de los asientos estaban vacíos. Para nosotros la cosa tenía algo de cómico [...] Mal, malísima, se representaba La judía, de Halevy. La emperatriz luchaba con el sueño, el emperador sucumbió. Ambos estaban acostumbrados a no estar en pie a las diez de la noche, porque al nacer el sol ya se encontraban trabajando (Kolonitz, 1984: 132).

Describió también la autora un baile en el Teatro Principal:

...para lo cual mucho se prestan las bellas salas, que estaban exquisitamente arregladas y decoradas. Tuvo un gran interés para nosotros ver así reunida a la clase media y mucho nos divertimos con el baile de la habanera que, con su tranquila y melancólica naturaleza, está perfectamente de acuerdo con el carácter mexicano. Con frecuencia lo bailan varias horas sin interrupción, sin fatigarse de la danza. La música tiene un ritmo extraño y particular, pasando por todos los tonos menores (Ídem: 133).

Asimismo, relató otro, organizado por el general Bazaine en la sala de su casa:

...Todo estaba adornado con lindísimas flores, vasos, bandera y miles de trofeos; por cierto, teníamos una tienda de tela, el aire era purísimo. El jardín, siendo bello, se prestaba muy bien a la espléndida iluminación y a los juegos de artificio que en México, más que en cualquier otro lugar, son habilísimos para hacer. Pero no reinaba el buen humor. Las invitaciones fueron hechas de tal modo que poco había que agradecerlas. En ella se daban prescripciones para los vestidos: al que se presentara sin invitación no se le aceptaba y a nadie se admitía después de las nueve [...] Se había excluido a las personas más importantes, a las esposas las invitaban sin los maridos, a los hermanos sin las hermanas. La indignación fue general. No es posible creer ni expresar con palabras la prepotencia y la trivial grosería que caracterizaron la conducta del ahora mariscal Bazaine [...] Cuando la corte se retiró, con ella se fueron todos los invitados. Más tarde se oyó decir que los que allí quedaron no eran sino franceses, y que cerraron el baile con un cancán (Ídem).

Desternes y Chandet relatan que el baile ofrecido por el general en jefe, después de una corrida de toros, lo coronó todo. Un baile como ningún mexicano recordaba haber visto otro igual.

Arriban al baile en carroza que entra en “el parque cuya avenida principal, brillantemente iluminada, está bordeada de una valla de zuavos que portan, cada uno de ellos, una antorcha encendida. Llegada espléndida. Los soberanos descienden bajo un dosel, recibidos por el general Bazaine, rodeado de su estado mayor, que los conduce a la gran sala, el patio, entablado para este acto, en donde se ha levantado una especie de galería. Frente a esta se levanta un arco de triunfo de ocho metros de alto, inmenso pórtico cuyos elementos son cañones o armas blancas. En lo alto de él, dos oriflamas con las armas imperiales de Francia y de México.

Precede al cortejo un oficial de ordenanza. Anuncia: "¡Señores, el emperador!". A estas palabras, estalla una explosión de vivas. Vivas que ya no terminan. El momento es impresionante (Desternes, S. y Chandet, H., 1964, 202).

Allí estaban todos los invitados

...en traje de noche, las damas alhajadas del brazo de los oficiales franceses en uniforme de gala. Dondequiera, en las entradas, en las escaleras de la alta galería, en las puertas de los salones, se mantienen inmóviles como cariátides soldados de todas las armas. Las bandas militares tocan marchas briosas. Atmósfera embalsamada del perfume de todas las flores, luces deslumbrantes de millares de bujías y linternas de colores. La multitud cultivada admira.

Todo aquello eran festones, astrágalos y guirnaldas; el brillo de los cobres y de los aceros de combate, se reflejaba en los terciopelos carmesí de randas de oro, de las colgaduras franjadas con hierbas florecidas. Dondequiera, en las paredes ricamente tapizadas, haces de armas y de banderas, espejos que animaban los cuadros vivos, espejismos de bellezas femeninas tristes o reidoras, a la búsqueda de sonrisas o de ojeadas elocuentes (Blanchot en ídem).

Abrió el baile una cuadrilla de honor: Maximiliano con la hija del prefecto municipal, Carlota con Bazaine, los Montholon y los Almonte. Pero tan pronto como los soberanos vuelven al trono bajo el dosel de terciopelo rojo, los bailarines, desencadenados, atropellan un poco el protocolo. El baile se torna endiablado. La habanera "danza sabrosa y elocuente", al decir de un oficial francés, tiene mucho éxito. Se desarrolló el baile "a los acentos deliciosamente rítmicos y lánguidos con sus pasos amorosos y pianísimos" (Desternes, S. y Chandet, 203)

En el curso del baile, la pareja imperial recorría los salones, siéndoles presentados la mayor parte de los oficiales y muchos notables. Ambos los atendían con amabilidad, sobresaliendo en su trato Carlota. De Maximiliano se destacaba su natural afabilidad que conquistaba a sus interlocutores.

A la una de la madrugada, después de una cena exquisita compuesta de un menú y vinos franceses, los soberanos se retiraron después de haber expresado su gratitud. La decoración del palacio San Cosme, donde se llevara a efecto el baile motivó que los curiosos se acercaran a contemplarla y "habiendo un fotógrafo tomado algunas fotografías, el público se arrebatara esos recuerdos". La fiesta tuvo un costo de cincuenta y dos mil francos de los cuales Napoleón III pagó la mitad.

El Protocolo

Corti establece que el protocolo cortesano redactado por los emperadores durante su viaje fue meticuloso y preciso, bajo la suposición de que a los mexicanos les hacía falta disciplina. Francisco Mora publicaba y repartía el ceremonial de cada evento con anterioridad, que no era tan diferente al establecido por la corte europea. El gran mariscal sólo podía ver al emperador cuando éste lo llamaba o cuando le solicitaba una audiencia y no podía dirigirse a él más que por escrito (Conte Corti, E.C.:2003, 434). En todas las ceremonias estaban el General Bazaine y su Estado Mayor, precedidos sólo por los emperadores, lo que ocasionaba que se percibieran como dos poderes distintos (ídem: 439).

Como ejemplo de la estricta reglamentación sirve la sección tercera del Reglamento y Ceremonial de la corte que habla acerca de las comidas que serían ofrecidas en el Palacio y en el que se describe mediante orden numérico las acciones a cumplir. Cuando el Emperador quería invitar a una comida se lo comunicaba al Gran Maestro de Ceremonias, quien integraba la lista de los invitados y la sometía a su aprobación. Los convites se hacían en nombre del Emperador mediante el Gran Maestro de Ceremonias. Las personas de la Corte de servicio tenían que estar presentes media hora antes de la señalada con el objeto de recibir a los invitados. Las personas asistentes de primera y segunda categoría, subían por la escalera de la Emperatriz, atravesaban la Sala de Yucatán y la Galería de pinturas, para entrar a la Sala de Audiencias del Emperador. Los demás asistentes se reunían en el tercer compartimiento de la Galería Iturbide, colocándose según su rango, las señoras del lado de la pared y los señores delante de las ventanas. Por medio del Gran maestro de ceremonias o del Chambelán de servicio, se les indicaba los puestos a ocupar en la comida. La mesa debía arreglarse según plano que con anterioridad se le había remitido al Mayordomo. Los Emperadores saldrían de la Sala Carlos V y se trasladarían a la Sala de Audiencias del Emperador, donde se reunían con las personas de la primera y segunda categoría y con ellos entrarían a la Galería de pinturas. Juntos pasaban a la Sala Iturbide, donde los emperadores platicarían con la concurrencia y se dirigirían al comedor, seguidos por todos los

comensales, atravesando por la Galería de los Leones. A la entrada de los Emperadores al comedor, la Música de cámara tocaría el Himno nacional. Mientras duraba la comida se ejecutaban las piezas del programa convenido. A la conclusión de la comida, cuando los emperadores se retiraban del comedor, la orquesta volvía a tocar el Himno nacional. Los emperadores y sus invitados de las primera y segunda categorías se retiraban a la Sala de Audiencias. De ahí pasaban a la de Carlos V y finalmente, los invitados de primera y segunda categoría saldrían por la escalera de la Emperatriz y los de menor rango por la del Emperador. A los invitados se les señalaba la manera de asistir al evento: ellos con uniformes de gran gala y cordón de condecoraciones si eran integrantes de algún ejército, y los demás de frac negro, corbata blanca y cordón de condecoraciones. Las señoras debían usar vestido escotado, alhajas y condecoraciones. En las terceras clases, se solicitaba a los señores un traje de mañana y a las señoras un vestido alto. La servidumbre se vestía según indicaciones y se distinguían por las libreas y medias de distintos colores (Reglamento y ceremonial de la corte, tercera parte).

Nada quedó sin normar "...desde los servicios de la Casa Imperial hasta la configuración de pequeños séquitos, pasando por la distribución de los espacios de palacio, según los usos a que eran destinados" (Ortega: 61).

El calendario de fiestas quedó también definido:

...el aniversario de la Independencia, cumpleaños de Maximiliano; del Corpus y de Nuestra Señora de Guadalupe, así como las de Corte, a saber: el día de San Carlos, los grandes bailes, los grandes banquetes, los grandes y pequeños conciertos, las funciones de gala y ordinarias en el teatro, las fiestas de Palacio, las tertulias y las comidas en Palacio... (Ídem)

Con respecto a los bailes se estipuló que la danza tenía que ser iniciada por la pareja imperial, siempre con las cuadrillas:

...empero, Maximiliano elegía a la invitada; Carlota, a su vez, escogía a algún personaje de frac o uniforma y la dama mayor acudía a comunicarle su suerte. La elección de ambos, sin embargo, casi siempre estaba teñida por las conveniencias políticas en turno [...] para la debida colocación de las personas, conforme a sus categorías, en sus asistencias en los templos y Palacio, dábanse impresos unos diseños, así como para el orden que debía guardarse en las procesiones como el Corpus y el 16 de septiembre, se publicaban e el correspondiente reglamento... (Ídem: 62)

Además se elaboraban, imprimían y distribuían ceremoniales adicionales para celebraciones o actos particulares como el Ceremonial de la Cuaresma, Ceremonial que deberá observarse en el baile del 10 de julio de 1865, como complemento a lo que dice el ceremonial de la Corte (Ídem).

Al asistir a una función de gala, la norma asentaba que los emperadores debían ser recibidos por el secretario de ceremonias, el intendente y el administrador local, quienes estarían en las puertas del teatro,

...los soberanos llegaban con un séquito que ya previamente les había hecho, en Palacio, los honores. Los receptores se sumaban a la comitiva, y la columna se encaminaba al palco imperial flanqueada por una valla de guardias palatinos. Esa hilera de cortesanos debía guardar el siguiente orden: intendente y administrador del teatro; secretario de ceremonias; oficial de la guardia palatina y oficial de órdenes; un chambelán y un ayudante de campo; grandes dignidades, con excepción del limosnero mayor; el gran mariscal de la corte; los príncipes de Iturbide; personas con collar del Águila Mexicana; príncipes imperiales; los emperadores (Maximiliano y Carlota); princesas imperiales; señoras agraciadas con la Gran Cruz de San Carlos; dama mayor, damas de Palacio que estuvieran de servicio; y dama de honor de servicio. (Ídem: 63).

El ceremonial generaría disciplina y mística y se consideraba un recurso útil en la articulación de la imagen de Maximiliano, quien era “hábil en cuanto al manejo de su persona, le imprimía algo de teatralidad a su presencia” (Ídem)

Para este autor la vida aparente de Maximiliano y Carlota transcurría entre bailes, banquetes, audiencias insípidas y grandes preocupaciones porque el imperio, *su imperio*, no se estabilizaba y el horizonte no era muy halagüeño, es decir parecía que iban de mal en peor” (Ídem: 68).

Las tertulias

En las casas de las familias aristocráticas o de la clase alta, se hicieron frecuentes las tertulias “donde se jugaba la mesilla y el tresillo, o se leían poemas y se cantaba” (García López: 119).⁸ Era costumbre recibir a los amigos y conocidos en fechas y

⁸ García López indica que hasta 1789, había una costumbre originada de la inseguridad: reuniáanse porciones de hombres y mujeres y salían a pasear por las calles, lo que llamaban *correr gallo*, costumbre que se presentaba mucho para cometer delitos: esas turbas cantaban, bailaban, bebían y comían desordenadamente en las calles; la manía de bailar era tal, que las noches en México no

horas precisas; así, el ministro inglés Mr. Peter Campbell Scarlett recibía los miércoles, doña Fulanita de Tal, lo hacía los sábados pero cada quince días; y la emperatriz recibía los lunes por la noche.

Estas tertulias se verificaban en Palacio, jamás lo hicieron en el castillo de Chapultepec; pues en principio, SS.MM.II. lo sentían como el rincón más privado y querido, y enseguida porque estaba distante de donde vivía la mayoría de los posibles concurrentes a la imperial recepción, en tanto el Palacio era accesible a todos. El edificio se engalanaba para tal acontecimiento iluminando profusamente la entrada principal y llevando la alfombra hasta la escalera de honor de Palacio; a la servidumbre la vestían con lujo adecuado al lugar y la ocasión; guardando accesos, patios, corredores, salones y pasillos estaban los guardias palatinos, todos ellos extranjeros muy altos, barbados, fuertes, vistiendo el costosísimo y vistoso uniforme de gala y portando su elemental alabarda.

Quienes habían recibido invitación empezaban a llegar en sus carruajes a las siete de la noche. A las mujeres las recibían los chambelanes y las conducían al guardarropa; a los caballeros los atendían ujieres que también los acompañaban al guardarropa y luego al gran aposento de Palacio, ya desde entonces conocido como el Salón de los Embajadores...

Maximiliano y Carlota, cuando era baile de gran gala, llegaban al salón Iturbide a las ocho en punto; allí estaban esperando por ellos los altos dignatarios civiles y militares, y los extranjeros que habían sido invitados para ser presentados a los emperadores. Cumplido el protocolo de salutación pasaban al recinto donde aguardaban los otros invitados, formando valla para que sus majestades avanzaran hasta el trono. La cena se servía a las once de la noche y a la una de la mañana – en el caso de los bailes de gala, porque de otra manera la conclusión era a las doce de la noche- se retiraban los regios anfitriones, previo anuncio de los secretarios del gran maestro de ceremonias. Para los invitados eso significaba que la fiesta había terminado (Hamann: 111-112).

Francisco Mora, gran maestro de ceremonias, auxiliado por Pedro Celestino Negrete y Don Fernando Mangino, atendían a las ceremonias cuando se abstenía de asistir el emperador pues no gustaba de desvelarse.

Las tertulias de los lunes en su gran mayoría no eran de gala. Una de esas reuniones, debe ser la que describe el príncipe Carl Khevenhüler en su diario y que siendo la primera a la que asistía, fue tremendamente significativa:

había tres o cuatro diversiones se consideraban muy triste... Manuel Rivera Cambas. México pintoresco, artístico y monumental... (ídem: 120). En las vecindades los bailes y fiestas los individuos rebasaban la diversión y llevaban hasta los golpes y la transgresión de las normas sociales, p. 144. En San Ángel y Tacubaya se organizaban sociedades recreativas donde se pudiera bailar, jugar y hacer tertulias. El gran ferrocarril que hasta allí llegaba facilitaría mucho las cosas, pues era capaz de mover un buen número de gente, (Ídem: 147).

El salón es muy amplio, está adornado con los retratos de tamaño más grande que el natural del emperador y la emperatriz, los salones contiguos son espaciosos y la servidumbre está compuesta en su mayor parte por indios de librea roja". Hace una observación curiosa, que no consignan otros cronistas: "los oficiales asisten de civil"...Más adelante asegura que "toda la sociedad mexicana estaba representada allí, las mujeres de un tipo netamente español, con ardientes miradas y vestidos parisienses; los hombres, menudos con rasgos inquietos. Hormigueaban los oficiales franceses" (Ídem).

Carlota escribió a sus allegados europeos que la gente gustaba de sus reuniones de los lunes. Sus invitados se vestían con sus mejores galas y que había detalles que sugerían el hogar de su Majestad (Eugenia). Una dama española, esposa del doctor Solís, se empolvó el pelo y tejió un listón color amapola entre él, durante la recepción de la mascarada de la Bolsa (Harding: 190). Relató Carlota que sus *soirées* terminaban después de la una de la mañana, y que en ellas solía bailar "varias cuadrillas". Se refirió en particular a una donde bailó con el General d'Hérillier. Con el tiempo planeaba invitar a todos los oficiales franceses, aún los pagadores que, "según le han dicho, están ansiosos por bailar. Al final, hay una señal de corneta, tras la cual todos comienzan con una galopa que va tan rápida que alguien termina siempre cayendo" (Ídem).

En las cartas que escribieran Maximiliano y Carlota a Europa durante esos meses, mostraban un ánimo constructivo y aunque no entendían con certeza el ambiente del país, procuraban resaltar una imagen positiva de México. Carlota contó a la princesa Eugenia, esposa de Napoleón III:

Las cosas [...] marcharán aquí si Vuestras Majestades nos apoyan, porque deben marchar y queremos que marchen, pero es un enorme trabajo, pues cuando un país ha pasado cuarenta años de su existencia destruyendo todos los recursos y derribando a todos los gobiernos, no se puede ordenar de nuevo en un día. Esto, por otra parte, no nos asusta en modo alguno, yo sólo consigno el hecho. Nos hemos consagrado a esta obra con completo conocimiento de la empresa. Todo lo demás lo he encontrado antes bien que mal (Corti: 281).

El 15 de agosto de 1865, para conmemorar el cumpleaños de Napoleón III se cantó un *te deum* en la Catedral y en la noche Maximiliano ofreció un baile en el palacio de Buenavista, para celebrar las bodas del general Bazaine (Mañón: 164).

Los informes de Maximiliano a Viena eran, asimismo, optimistas. Corti señala que "al leerlos se podía creer que México era un edén, un jardín paradisíaco en el

cual, en contraste a la confusión política y social de toda clase que dominaba el suelo de Europa, sólo reinaba la paz y la felicidad”. El joven liberal e idealista, manifestó muchas veces a su familia una punzante crítica hacia sociedad vienesa:

Las llamadas diversiones europeas como soirées, chismorreos de té, etc. etc., de horrible recuerdo, no se conocen aquí en absoluto y nos cuidaremos mucho de introducirlas [...] También se dan rara vez bailes y si tienen lugar algunos, son hermosos y animados, y entonces la sociedad elegante y rica de aquí baila con verdadera pasión un baile nacional que es lo más encantador que se puede ver y que la condesa Melanie Zichy, según ella dice, quiere introducir a Viena. Carlota tiene catorce damas de palacio, sin sueldo, que todas las semanas alternan en el servicio, pero a las que por supuesto, casi nunca se ve (ídem: 287-288).

Solían hacerse paseos por algunos sitios de la ciudad (años treinta). Maximiliano paseaba a veces por la Alameda. La gente salía a un paseo matutino, regresaba a casa a tomar un baño y a las seis de la tarde se podía volver a pasear ataviándose ambos sexos de forma más “lucidora”. Esta vez los paseos eran en carrozas, adornadas con guirnaldas.

La ronda podía ser por la Alameda, pero también, a esta hora, se encaminaban hacia el Paseo de Bucareli...En ocasiones, después del paseo iban al teatro o a la ópera de los que tenían “con qué”; de donde se piensa que eran muchos los que preferían quedarse en casa y convivir con la familia, a la que se unían, a veces, algunos invitados o visitas que las más de las veces no habían sido invitadas, pero siempre eran bien recibidas. Así se armaban las tertulias, con juegos de salón, intercambio de chismes, algún bailecito improvisado o coqueteo con las musas, porque “las mexicanas aman la música y la cultivan con gran provecho; si cantan tienen una voz bella y armoniosa”, opina la Kolonitz (Ortiz: 118).

Cuando salían a las fincas de Tacubaya, San Ángel o Mixcoac, hacían actividades deportivas y “bailaban, hacían música, bebían los señores...” (Ídem: 119)

Asimismo, Ortiz hace referencia al Calvario, lugar donde se llevaban a cabo:

...bailes y tertulias desde poco después del mediodía. Un paraje, al decir de los cronistas de la época, que poco le faltaba para ser un vergel paradisiaco: frondosos árboles, aromáticas flores cuyas esencias embalsamaban el aire surcado de melodías, de risas infantiles, de miradas inocentemente turbadoras y palabras idílicas pronunciadas en secreto a la amada por un pretendiente imberbe (Ídem: 53).

Ahí la actividad se prolongaba hasta “poco más o menos la caída del sol” El baile se realizaba al final de las peleas de gallos, ya que se celebraba en el palenque “donde retiraban los muebles retirables y tendían una raída alfombra de color

indefinido que cubría las manchas de sangre del suelo y una que otra mancha de origen impreciso” (Ídem).

Viajes y bailes de Maximiliano en el interior de la república

Al poco tiempo de haber llegado a la capital, Maximiliano quiso conocer el país que iba a gobernar, por lo que decidió visitar “una por una, si posible fuese, sus nuevas y enormes posesiones” (Ratz y Gómez, 2012: 86). En ausencia de Maximiliano, Carlota presidió los consejos de ministros y siguió con la costumbre de dar audiencia pública los domingos. Para estos menesteres tomó como guía a su padre, el rey de Bélgica, por lo que actuaba con energía y tenacidad siguiendo consejo fraternal de gobernar con severidad. A pesar de ello se sabía de su bondad y se la describió en muchas ocasiones con admiración: “alta, elegante, atractiva, de grandes ojos, con una cara ovalada en la que enseñaba sus muchas ansiedades” (Valadés: 193).

Maximiliano dispuso que durante su gira de trabajo se evitaran gastos en recepciones y que a cambio tuvieran listos los informes relativos a los establecimientos públicos. En contra de esta orden, al llegar a su primera parada vislumbró los adornos, los arcos, las cortinas, las flores y escuchó los repiques de campanas y el tronar de cohetes y salvas (Rivera Cambas: 511). Muy a pesar de sus directrices estas celebraciones se repitieron en las distintas poblaciones a las que el emperador arribó. Fue claro que los eventos sociales tenían gran relevancia para sus súbditos y el emperador los aceptó pues consideraba que la convivencia entre las distintas facciones políticas y sociales podía lograr una reconciliación de la cual se beneficiaría el país. En términos generales, esta estrategia surtió efecto, ya que en muchos de los lugares que visitó levantó una opinión positiva de su persona y en algunos casos, extranjeros y nacionales departieron alegremente.

Una de las principales preocupaciones del Archiduque durante su gira al interior fue la situación de los indígenas, de la que ni liberales ni conservadores se habían ocupado, sirviéndose de ellos sin conmiseración. Este acercamiento hizo que este marginado estrato se inclinara hacia él, lo que en términos políticos no le representó ningún beneficio. También procuró atraer la simpatía al apoyar a

aquellos departamentos que habían sido afectados por alguna calamidad climática, como la pérdida de cosechas.

Como estrategia política, mediante sus viajes buscó animar a sus adeptos para combatir de forma más activa a Benito Juárez, así como dar prueba palpable de que México se encontraba en paz ya que se lo podía recorrer sin obstáculos. De manera muy personal Maximiliano pretendió además llevar a cabo lo que llamaba su “golpe de estado”, es decir “substituir concejales y otros “políticos cangrejos”, (conservadores) por liberales.

Desde todos los puntos de vista, este impulso viajero fue meritorio pues ningún otro gobernante anterior había salido a conocer las vicisitudes de la provincia, a no ser por motivos relacionados con la guerra o las rebeliones. Sin embargo, estos cansados, incómodos y desgastantes recorridos debilitaron la salud del emperador quien sufrió de disenterías, anginas y otro tipo de infecciones. Maximiliano viajaba en su propio carruaje con cochero y lacayo, en compañía de algunas personas de su séquito, entre ellos: su director de viajes, ex lacayo austriaco de nombre Sebastián Schertzenlechner, el médico mexicano Ángel Iglesias y Domínguez, quien tenía el cargo de secretario de gabinete y acordaba con el monarca durante el viaje, y el doctor Semeleder médico de cámara (Ratz: 98-99). A pesar de la supuesta paz en que se encontraba el país, se acompañaba de una escolta: un escuadrón de cazadores de África al mando de Charles-Joseph Loysel, comandante francés del gabinete militar, y dos escuadrones de la guardia imperial bajo el mando del Coronel mexicano Miguel López, quien finalmente lo traicionaría.

El 10 de agosto de 1864, el emperador se preparó para viajar a las nueve y media de la mañana. La emperatriz bajó la cuesta de Chapultepec en su carroza, mientras que su consorte lo hizo a pie. Una vez que se despidió de Carlota, Maximiliano saludó a los concurrentes y partió en su carruaje. El protocolo dictaba que ayudantes, servidumbre, empleados y artesanos que trabajaban en el interior del edificio se formaran en hilera y se descubrieran al recibir el postrer saludo de Maximiliano. El primer punto en el que paró la comitiva fue Tlalnepantla, donde fue recibido con repiques de campana y cohetes. Ahí, hizo una visita a una escuela y

asistió a un *tedeum* y se aprestó a seguir el viaje. El viernes 12 llegó a la población de San Francisco Soyaniquilpan, donde ordenó se llevaran granos de maíz a bajo precio que pagó de su propia bolsa. Por la noche, le mostraron algunos bailes nacionales como el jarabe de *El Palomo*, que gustó al emperador (Ídem: 112). El martes 16 llegó a San Juan del Río, localidad en la que se dedicó a examinar la situación y visitó escuelas, la cárcel y el hospital. Por la noche, bailó la cuadrilla de honor con la hermana del prefecto durante el festejo que se le organizara y se retiró a las nueve. El baile duró sólo hasta las once por estar contiguo a la casa donde el emperador se había alojado.

En Querétaro, Maximiliano permaneció varios días, ciudad de la que quedó encantado, y el día 24 de agosto enfiló hacia San Miguel de Allende, por un camino peligroso que lo obligó a parar en varias ocasiones, llegando a la ciudad a la una y media de la tarde. En la garita le esperaba una comisión formada por los más importantes vecinos con una carretela descubierta y discretamente adornada, en la cual subió e hizo su entrada.

De la Maza describe:

...rodeado de un enorme gentío, entre los alegres repiques de todos los templos y vivas de la multitud. Los imperialistas regidores del ayuntamiento de San Miguel: licenciado don José Malo Herrera, don José Manuel de Sauto, don Benigno Redondo, don José María Rivero, don Salvador Aguilar Sauto, don Fernando García Delgado, don Genaro Franco, lo recibieron con gran orgullo.

En San Miguel le habían construido un arco triunfal:

...de origen romano, teniendo una estatua del Emperador con el pabellón nacional en la mano. Muchas casas estaban adornadas con colchas, tapices y ramos de flores. Se le condujo a su alojamiento donde le esperaban las autoridades para rendirle acatamiento. Enseguida pasó a la Parroquia, donde fue recibido bajo palio, en el atrio por el obispo don José María de Jesús Díez de Sollado y todo el clero sanmiguelense, con sus vistosos y ricos trajes de ceremonia. El obispo de León le dio el agua vendita en sus enguantados dedos, y juntos subieron, bajo el rico palio, hasta el trono, colocado en el presbiterio, a la derecha del altar mayor, en medio de una inmensa multitud y a los compases de la orquesta que entonaba el Domine salvem fac imperatorem. Después de las oraciones del ritual, se cantó un Tedeum, y descendió Maximiliano del trono para arrodillarse en un reclinatorio cubierto de damasco, en frente del altar, donde recibió la bendición episcopal que, como despedida del acto religioso, dio el señor Díez de Sollano. (De la Maza, 1972: 132).

Maximiliano volvió a pie a su alojamiento para comer:

El banquete fue solemnísimos, con orquesta, coros y solistas, y cálidos brindis al final, lamentando las damas sanmiguelenses la ausencia de la emperatriz. Maximiliano dijo un sentido discurso prometiendo volver con Carlota y agradeciendo con lágrimas en los ojos, el entusiasmo con qué había sido recibido (idem).

Después visitó la cárcel, el hospital y la escuela, donde repartió dinero y juguetes a los niños. Como amenazaba lluvia tuvo que volver prontamente a su alojamiento, donde se entretuvo con un juego de pelota mientras lo llamaban a la cena. Para tristeza de los vecinos que le habían preparado un gallo, llovió. Como el aguacero cayó toda la noche le llevaron “unas mañanitas [...] cantado por las señoras más encopetadas”. Maximiliano salió a dar gracias y se preparó para visitar el jardín Guadiana, que “le causó muy buena impresión” (idem).

La comida fue solemne, el obispo de León se sentó a la derecha del emperador, y en la noche se organizó un baile al que no asistió porque estaba “cansadísimo”. Por estar dormido, no vio tampoco la iluminación de la plaza, ni los castillos de pólvora que “ardieron mal por la pertinaz lluvia que volvió a empapar la ciudad”. Debido a este grandioso recibimiento, San Miguel consiguió que “le suprimieran los impuestos del maíz por dos meses, lo mismo que el derecho de alhóndiga, para que se abaratase ese producto y estuviese al alcance de todo el pueblo”. El ayuntamiento perdía, con ello muchas ganancias por lo que Maximiliano concedió que a cambio se gravase algún otro artículo de menor necesidad, como “el aguardiente”.

De la Maza recogió de *El Diario del Imperio* la acogida de Maximiliano en San Miguel de Allende:

*El prefecto municipal y los capitulares que forman el Ayuntamiento de San Miguel de Allende tienen la dicha y honor de ser en esta vez los representantes de los hijos de esta ciudad, cuna de la Independencia nacional, porque satisfacen uno de los de sus más vehementes deseos al cumplir con el deber sagrado de transmitir a Vuestra Majestad los sentimientos de sus comitentes. A nombre pues, de los habitantes de esta municipalidad y el de nosotros mismos, felicitamos de todo corazón a Vuestra Majestad, así como a su excelsa esposa por su bienaventurado arribo a la capital del Imperio; apreciamos en todo su valor los sacrificios que Vuestras Majestades han hecho para venir a **regenerarnos**; comprendemos la magnitud de esta difícil pero gloriosa empresa, y dirigimos a Dios nuestros más fervientes votos por que Vuestras Majestades la lleven a buen término y de la manera más respetuosa rogamos a Vuestras Majestades se dignen aceptar la sincera expresión de nuestros sentimientos, como un verdadero testimonio de nuestra gratitud y amor (idem).*

De San Miguel, el emperador salió hacia Celaya el 24 de agosto, donde paró una noche. A la mañana siguiente emprendió hacia Salamanca junto con otros integrantes de su comitiva, enfermo de disentería. El 28 arribó a Irapuato aquejado aún de la enfermedad estomacal, además de sufrir de angina por lo que permaneció en esta localidad hasta sentir mejoría. Finalmente, el jueves 15 de septiembre arribó a Dolores, Hidalgo, donde dio el grito de independencia. Lo recibieron con tres grupos de danza formado por indígenas y después se alojó en la casa del insurgente Mariano Abasolo, donde a petición suya no se le ofreció discurso alguno. Maximiliano mandó colocar una inscripción en la puerta de entrada de la casa de Don Miguel Hidalgo y Costilla, “sobre una placa de mármol y con letras de oro”. A las tres se celebró una comida oficial en la que hizo un brindis por “nuestra Independencia y por la memoria de sus héroes”, tras de lo cual se escuchó una salva de 101 cañonazos sobre los sonidos estridentes de las bandas colocadas en la plaza (Ratz: 147).

Por su parte, Rivera Cambas (516) describe que en punto de las once de la noche, Maximiliano se colocó en el que había sido el gabinete de Miguel Hidalgo y leyó desde la ventana un discurso que escucharon las autoridades, la tropa mexicana y francesa y el numeroso pueblo que llenaba la calle. Al concluir, un grito unánime respondió a sus palabras, haciéndole eco los repiques, las dianas y las salvas de artillería. Temprano, el día 16 hubo salva, *tedium* y valla formada por la tropa francesa y mexicana.

El 29 de septiembre Maximiliano llegó a León de los Aldamas después de haber visitado Mellado, Guanajuato y Silao. En León el general Uranga organizó una fiesta en su honor en su quinta, descrita por él en su carta a Carlota como “preciosa y fantástica”. Mediante ésta, le informó detalles como el menú de la cena, la vista paradisíaca del jardín y el sonido de las bandas que tocaban música mexicana. También le describió su participación en una tertulia al final del jardín, que estaba iluminado y de su asistencia a otro festejo en su honor en casa de Don Tiburcio Torres, donde bailó dos cuadrillas. Ratz relata que ahí “animó y llenó de gusto a cuantos asistieron, con su amable presencia, con sus maneras cultas y

benévolas”. Como acostumbraba, Maximiliano dejó el recinto antes de que terminara la fiesta. El periódico, *El Pájaro Verde*, describió que la concurrencia:

...había sido verdaderamente espléndida, elegante, hermosa, cuántas familias hay aquí decentes, concurrieron gustosísimas y lo quedaron más con la amabilidad del soberano. Jamás León ha tenido una reunión más escogida, ni baile mejor, más de tono, ni mejor local ni adornos, ni costo, nada ha habido, y es muy difícil hacer cosa igual. Todo el mundo quedó complacido (Ratz: 166).

Corti describe que en León se organizaron en honor del emperador dos bailes en los que tuvo ocasión de admirar la belleza y la elegancia de las mujeres mexicanas (Corti: 291). Maximiliano redactó a su hermano menor una carta desde esa ciudad, en la que le compartió sus observaciones con respecto a la situación política. Declaró que vislumbraba a México más adelantado que muchos países de Europa, que se creían superiores: “Las rancias costumbres europeas, con todas sus ridiculeces y tristezas no se conocen; todo el misterio y todas las fruslerías con que todavía se ahogan en vano en Europa y se ahogarán aun años enteros, hace ya tiempo que se superaron aquí” (Ídem).

El 11 de octubre llegó a Morelia y el día 13 se decidió que Maximiliano y su comitiva permanecerían ahí unos días más para que sus caballos descansaran. La ciudad seguía de fiesta y esa noche se celebraría un baile. El día 19 salió el emperador hacia Toluca, donde se reuniría con Carlota para regresar a México por el rumbo de Cuajimalpa y Tacubaya, después de efectuar algunos paseos. Las impresiones del emperador en este viaje son de considerar, escribió entonces:

Lo peor que hasta ahora he encontrado en este país [...] lo forman tres clases: los funcionarios de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. Todos estos no conocen sus deberes y viven única y exclusivamente por el oro. Los jueces son corruptibles. Los oficiales no conocen ningún sentimiento de honor y al clero le falta amor cristiano y moralidad (Ídem, 294).

Valadés recogió una nota en el *El Diario del Imperio* que describió los recibimientos que tuviera Maximiliano en las ciudades de tendencia conservadora, en el centro del país, donde sin duda habían sido más efusivos que aquellos que experimentó a su llegada a Puebla y México. Así señala: “Las poblaciones meridionales necesitan

más que otras, ver por sí mismas la imagen benévola y consoladora de las instituciones que deben asegurar su dicha y verla en la persona del monarca que las visita” (Valadés: 132).

En su segundo viaje (18 de abril al 24 de junio de 1865), Maximiliano visitó las tropas austriacas en Orizaba, Xalapa, Perote y Puebla. El día 9 de mayo, en Jalapilla, el emperador obsequió a los habitantes de Orizaba con un baile. La Hacienda de Bringas, donde se llevó a cabo el evento estaba adornada con flores y farolas y una orquesta selecta animó al público, numeroso y elegante. En una carta dirigida a Carlota, Maximiliano le narró sus gratas impresiones. Entre ellas, la de un evento en el cual se danzaba primero en los salones y luego en el patio. En esta ocasión, se vio obligado a bailar la cuadrilla con la esposa del prefecto municipal, el Sr. Herrera, quien estaba “pendiente de dar a luz cada momento”. A las doce de la noche se retiró y regresó a Jalapilla (Ratz: 212-213).

Valadés indica que en Jalapilla permaneció diecinueve días, siendo atendido por un ejército de criados; una orquesta ejecutaba escogidas piezas, durante el almuerzo y la comida. Él trabajaba de las cuatro a las siete de la mañana y después salía a dar un paseo a caballo; a las nueve se sentaba a almorzar y enseguida recibía a los ministros y daba audiencia. Invariablemente, se dormía a las ocho de la noche (Valadés: 293).

El 25 de mayo Maximiliano llegó a Jalapa donde permaneció hasta el 1 de junio. La municipalidad le ofreció un gran baile en el teatro; Maximiliano mencionó a las “bellísimas jalapeñas que lucen sus perfumados cabellos, sus brillantes ojos negros y sus formas deliciosas vistiendo trajes tan elegantes como vaporosos” (Blasio: 35). En dicha ocasión, una comisión de caballeros salió a recibir al soberano una calle antes de la entrada al teatro, una valla de damas se formó desde el pórtico para dar la bienvenida a Su Majestad, que fue a colocarse al magnífico trono púrpura y oro colocado al fondo del salón. Ratz recoge la narración del evento:

Las aceras cercanas están sembradas de arbustos con farolitos venecianos. En la fachada del teatro se observan tres arcos de luces con los colores nacionales. En el vestíbulo, macetones de dalias y hortensias se iluminan con aparatos de gas. En el salón, el piso levantado a la altura del foro está cubierto con un tapete rojo. Se han dispuesto cuatro círculos de sillas. Los palcos están adornados con coronas de laurel, dentro de las cuales se ven las iniciales M y C. En el centro del cielo raso cuelga una luz ornamental compuesta con varios aparatos de gas. Es un

espectáculo pintoresco y seductor, con el salón decorado con flores tropicales, que exhalan los perfumes más exóticos, y las bellísimas jalapeñas vestidas en vaporosos trajes. Debido al calor, tan sólo se ha encendido parte de las lámparas de gas.

A las siete y media llegan las señoras, las mujeres del trópico sin brillantes ni piedras, pero con flotantes gasas y flores. A las ocho y media entra el soberano, que viste de frac, lleva la banda de Gran Maestro de la Orden de Guadalupe y tiene pechera llena de condecoraciones relucientes. La orquesta toca la Marcha Imperial, Maximiliano saluda a todo mundo. "Para todos tenía palabras adecuadas a sus gustos, a sus profesiones, a sus tendencias", dice un periodista. No se sienta en el trono, sino en una silla. Por su estado delicado, se excusa de bailar la cuadrilla y se retira a las once (Ratz: 228-229).

El Emperador se excusó de bailar la *Cuadrilla* de honor, por sentirse indispuesto y se retiró a las 11 de la noche. Los que lo acompañaban al baile permanecieron hasta que dio fin a la una de la madrugada. Como agradecimiento, Maximiliano ofreció a la municipalidad otro baile cuyos gastos corrieron por su cuenta, al que tampoco asistió por tener que recibir a la emperatriz en Puebla.

En Perote, el dos de junio, asistió al teatro donde los soldados austríacos representaron una pieza en alemán y desempeñaron papeles masculinos y femeninos. Se dice que al emperador le entró gran nostalgia por su patria. El 7 de junio, ya en Puebla, se celebró nuevamente el cumpleaños de la Emperatriz, por lo que se instruyó al ejército que detonara una salva de artillería; repicaron las campanas de todos los templos y la música militar recorrió las calles. Francisco Mora fungió como gran maestro de ceremonias pues conocía todas las prácticas de las cortes europeas, después de haber vivido la mayor parte de sus años en París. Le ayudaban en estos menesteres Don Pedro Celestino Negrete y Don Fernando Mangino, secretarios (Blasio: 51).

En Puebla, Maximiliano dictó un escrito sobre educación a Manuel Siliceo, ministro de Instrucción Pública de tendencia liberal. En este indicó que deseaba que México estuviera al parejo con las naciones más avanzadas en el ramo educativo e indicó que la enseñanza primaria debería ser accesible a todos, pública y gratuita. Mostró también su preocupación por lograr que la secundaria ofreciera a las clases medias, una instrucción general que las facultara para estudios superiores y especiales. Se manifestó en contra de que la educación superior estuviera en

manos de los clérigos e indicó que debían incorporarse a este nivel los estudios de filosofía, materia “muy poco conocida en México, su patria” (Ratz: 243).

El martes 12 de junio, aún en Puebla, tuvo lugar, en el monasterio de San Francisco, la bendición de dos banderas de los voluntarios austriacos, la de caballería e infantería. Después del desfile siguió un baile en el Ayuntamiento que continuaría hasta las siete de la mañana siguiente. Las relaciones entre austriacos y mexicanos eran tensas, pero nada que un baile no pudiera limar, como lo muestra Ratz: “el conde Khevenhüler, experto en sicología femenil, ha descubierto una receta secreta contra las reticencias de las poblanas: la habanera” (Ratz: 245).⁹ El emperador se retiró a la una de la mañana de este festejo. Ratz menciona que el sábado 17 hubo otro baile en el salón de la Alhóndiga que se adornó con guirnaldas, canastillos de flores, trofeos y escudos, formados por fusiles y bayonetas. A las nueve de la noche se presentaron los emperadores en medio de una “nube de ayudantes de campo y oficiales de órdenes”. Maximiliano vistió de forma sencilla, pero lucía en el pecho la Cruz del Toisón de Oro en un rico collar dorado con piedras preciosas. Carlota portaba un vestido blanco vaporoso y adornos brillantes. El emperador bailó la cuadrilla con la “gran mariscal de la corte”, Dolores Quesada de Almonte, y la emperatriz con el gran mariscal y regresaron enseguida al trono. El baile continuó hasta le medianoche, terminando con una cena” (Ídem: 146).

Blasio describiría el mismo baile en la Alhóndiga: “Los soberanos se presentaron a las 9 de la noche”, cuando ya “rebosaban los salones de concurrencia selectísima, compuesta por generales, jefes y oficiales mexicanos, austriacos y franceses que vestían de gala”. Las mujeres, hermosísimas con trajes ricos, “luciendo sus desnudas y blancas espaldas” (Blasio: 51). Para enmarcar la entrada de los emperadores, las señoras formaron una ancha valla y el gran maestro hizo las presentaciones mencionando a cada dama y caballero por sus nombres. Los emperadores se sentaron unos momentos en el trono y al dar la señal la orquesta de las cuadrillas, el maestro de ceremonias colocó a las parejas que debían tomar parte en ellas:

⁹ Esta danza era parecida a la “bastante indecente *czárda*”, que no obstante logró desinhibir finalmente a las muchachas.

Formaron las cabeceras el Emperador con la gran mariscal de la corte Doña Dolores Quesada de Almonte y la Emperatriz con el gran mariscal. Las parejas de los lados eran los ministros, los generales y los vecinos más encumbrados de Puebla con las damas de honor, y las más bellas y distinguidas señoras poblanas. Terminada la danza, Sus Majestades ocuparon el trono y el baile siguió animadísimo hasta la media noche en que se sirvió la cena presidida por SS.MM (Ídem: 52).

El año de 1865 fue cuando se sintieron los efectos benéficos del gobierno imperial. La ciudad de México estaba en calma, se veía limpia y los frecuentes asaltos habían disminuido. De esta época data una descripción de William V. Wells acerca de un baile que la Emperatriz Carlota ofreciera en el Palacio Nacional. A través de su escrito, el autor observa la importancia de estos eventos para la consolidación del Imperio, al disfrazar la verdadera ocupación militar que sufría México. En estas reuniones, era posible congregarse a los distintos intereses y bandos políticos tanto del ejército como de la población civil con poder para decidir el destino del país. Las personalidades nacionales y extranjeras, principalmente figuras representativas de la diplomacia, el ejército, la política y los negocios, se reunían en un ambiente donde reinaban la cortesía y la tolerancia, lo que permitía que las enemistades se limaran, o de no ser así, cuando menos se toleraran en paz. La esperanza era construir a futuro las alianzas que permitieran al reino prosperar y alcanzar la importancia que Maximiliano creía que México obtendría a la larga, al considerar que Europa estaba en decadencia y que el nuevo continente sería la opción para el desarrollo capitalista del futuro.

Con esta idea en la cabeza, Carlota se dedicó a ofrecer una velada cada semana. Wells describió la forma en que eran organizados los bailes y eligió uno en específico para describir:

Las invitaciones, redactadas en francés y a nombre de la emperatriz, tenían el escudo nacional, se hacían llegar a los convidados por medio del Jefe del gabinete, el señor Eloín. El maestro de ceremonias, el señor Negrete, se encargaba de su organización de forma cuidadosa y apegada al protocolo, que exigía puntualidad, ya que a la hora que los emperadores aparecían en el Salón, nadie más podía entrar o salir. El evento se llevaba a cabo en la parte frontal de Palacio Nacional en cuya puerta se apostaba un gigantesco guarda con casco y armadura. En el piso de arriba había una serie de habitaciones que se comunicaban entre sí y cumplían a la perfección con los requisitos para un lujoso salón de baile. El interior estaba decorado con muebles traídos de Europa que escogieran los emperadores y la iluminación no era de gas, pues gran cantidad de velas de cera daban a los rostros

vivacidad. A la hora convenida, los invitados, separados por sexo, ocupaban sus sitios, ellas pegadas a la pared y ellos cerca de las ventanas, formando una larga línea. Entonces, se abrían las puertas y salían la emperatriz Carlota, acompañada de sus damas, por lo general más cortas de estatura, lo que hacía que ella se distinguiera aún más. Maximiliano, estaba ausente, a veces excusando algún malestar. Una vez que entrara al salón, Carlota, que era conducida por su Maestro de ceremonias, recorría la habitación, departiendo en varios idiomas con sus invitados. Muchas damas se sentían incómodas o tímidas ante la soberana, al no manejar el protocolo imperial, pero Carlota disimulaba estos encuentros fallidos, sin hacer sentir mal a sus invitadas. Enseguida, daba la bienvenida a los caballeros, quien se referían a ella como Madame, y nunca como Su majestad, expresión reservada a su marido. Por aquel entonces, ella contaba con apenas veinticuatro años, una joven ilustrada y cuidadosamente educada para cumplir con el cometido reservado a la nobleza europea. Se quejaba a menudo de sentirse sola, por la falta de instrucción de las mexicanas, con las que no podía platicar, ya que se acostumbraba ofrecerles sólo educación religiosa. Su cabello era abundante, arreglado con gusto y adornado en la ocasión del baile con una sola rosa. Su vestido era de brocado azul, de su cuello pendía un collar con grandes diamantes al igual que los brazaletes que adornaban sus manos. Todo en ella relucía su nobleza de sangre, al ser prima de la Reina Victoria de Inglaterra, nieta de Luis Felipe e hija del rey de Bélgica. Sus movimientos, su voz, eran perfectos, sin afectación alguna.

Después de haber dado la bienvenida a los convocados, el Maestro de ceremonias se aprestaba para inaugurar el baile. En el lado este del salón se había dispuesto un trono, donde Carlota se sentó, ayudada por sus damas. La Emperatriz tenía el privilegio de escoger a su pareja para iniciar el baile. En la ocasión descrita, pidió que Ramírez, su Ministro de Estado, antiguo liberal le acompañara. El Ministro, al no saber los movimientos intrincados de la danza, tuvo que ser desplazado con la ayuda del Maestro de ceremonias, quien controló la confusión. Este incidente no molestó a Carlota, quien lucía una sonrisa animada y nadie se atrevió a externar alguna burla. La buena disposición de los liberales para con los Emperadores era fundamental para que el régimen se sostuviera. Después de la primera danza, Carlota se involucró en nuevas conversaciones con sus invitados, hasta que ofreció su mano a un attaché de la delegación británica para bailar un Cotillón. Ambos lucieron en esta ocasión una danza impecable. Enseguida, una vez más sentada en el trono, la formalidad de las primeras danzas se rompió con las round dances, los valeses, schottishes y redovas, de compositores como Strauss, Lenner y Labitsky (Wells, 1868).

Wells calculó la presencia de mil personas entre las más distinguidas. Siguió una cena en un salón adyacente en la cual se degustaron ricos platillos servidos en la vajilla que tenía el escudo nacional. Una vez concluida la cena, los invitados volvieron al salón de baile, donde disfrutaron nuevamente de la música y la danza

hasta que la emperatriz y su corte se retiraron, cuando las indígenas comenzaban a llegar a la ciudad con sus mercancías por los canales de la ciudad.¹⁰

Maximiliano mencionó a su hermano, el archiduque Carlos Luis, la usanza de los bailes que Carlota celebraba, “que siempre le salen muy bien y están muy animados, y en los cuales danza un ramillete de las más hermosas mujeres. Un diplomático sucede a otro, lo que nos ocasiona aburridas recepciones y comidas.” Asimismo le manifestó que su reglamento de corte “un grueso libro impreso, un trabajo gigantesco” estaba terminado y que se podía envanecer de haberlo logrado, “sin duda lo más perfecto que hasta ahora había sido hecho en esta clase” (Corti: 315).

Para celebrar el segundo aniversario de la proclamación de la Monarquía, la corte organizó un festejo el 10 de julio, con otro gran baile. Valadés anota que las ocho de la noche habían salido los emperadores de sus habitaciones, acompañados del gran servicio de honor y pasaron a la sala de Iturbide, donde saludaron a los miembros del cuerpo diplomático y a los ministros de Estado. Luego llegaron a la Sala de baile donde permanecieron hasta las doce de la noche (Valadés: 287).

Rivera Campas describió este mismo baile de la siguiente manera:

Comenzó cerca de las nueve con la cuadrilla de honor, en la que Maximiliano bailó con la esposa del general Bazaine y éste con la Emperatriz, figurando en el mismo grupo el gran Mariscal de la Corte, el gran Maestro de Ceremonias, los ministros de Austria, Francia y Bélgica, Inglaterra, España e Italia y otros representantes extranjeros, y algunas damas de honor y de Palacio. Los salones, las escaleras, los corredores y el comedor en el que fue servida la mesa con magnificencia, estaban adornados e iluminados con profusión y buen gusto. Los Emperadores se retiraron a las doce de la noche, a cuya hora terminó la fiesta... (Rivera Cambas: 31)

El 24 de agosto de 1855, Maximiliano inició su viaje a la hacienda de Chapingo en otro viaje que hizo con el objetivo de conocer la región minera de Hidalgo. De ahí, viajó en carruaje y visitó Pachuca y Real del Monte y después Tulancingo. El 3 de septiembre regresó a la ciudad de México. Al llegar a la Hacienda de los Reyes, en Hidalgo, le presentaron al poeta y autor teatral José Zorrilla, quien escribiera:

*Lo sabes como yo, Maximiliano
Tu corona en las sienas no se puso
Por propia voluntad; ni fue tirano
Ni usurpador en México ni intruso:
Fue a engañarle un partido mexicano (Valadés: 295).*

Con el objetivo de elevar el nivel del arte dramático, Maximiliano resolvió establecer un Teatro Nacional que fuera a la vez, escuela práctica de declamación y plantel para que la juventud se dedicara al arte. Fue designado en el mismo palacio imperial un sitio para ello y encomendó a personas competentes el proyecto de reglamento. El 4 de noviembre, día del Santo patrono de la Emperatriz, fue la primera representación para la corte, en un teatro provisional levantado en los salones del palacio. José Zorrilla fue encomendado a la dirección de ese teatro que se inauguró con una de sus piezas dramáticas, la primera parte de *Don Juan Tenorio* (Cambas: 126-127). Mañón señala que asistieron a dicha presentación unas doscientas personas y describe:

A las ocho de la noche, los emperadores salieron de sus aposentos y se dirigieron al salón del teatro, seguidos de la corte y de las personas que habían sido convidadas. La música de cámara tocó entonces una Fanfare que el maestro Rossini ha compuesto y dedicado recientemente a S.M. el Emperador (Mañón: 171).

En enero de 1865 Ángela Peralta fue nombrada Cantarina de Cámara (Ídem: 176), y los bailes de carnaval se llevaron con el mismo gusto de cada año. Sin embargo, la vida para los emperadores fue muy contrastante, días de bailes, fiestas y comidas alternaban con otros, llenos de preocupaciones y zozobras: “A menudo, en medio de un sarao resonaba el tronar del cañón de un combate librado en las puertas de la capital” (Ídem: 320). Con los problemas, Maximiliano “adelgazó, se hizo nervioso y su ánimo oscilaba a menudo de un modo brusco entre la mayor alegría y el más profundo abatimiento [...] La emperatriz temía que agotase sus fuerza en el trabajo de Sísifo subiendo una roca monte arriba, para verla caer de nuevo” (Corti: 291).

El 18 de octubre se publicó la noticia de la enfermedad mental que aquejó a la emperatriz Carlota durante el viaje que hiciera a Europa, con la finalidad de solicitar apoyo para el Imperio Mexicano. Por este motivo las diversiones públicas quedaron suspendidas hasta nuevo aviso (Ídem: 178).

A fines de 1865 se interrumpieron las funciones del Gran Teatro Imperial debido a los acontecimientos políticos:

El triunfo de las fuerzas liberales en distintas plazas del país, la salida de las tropas francesas para Europa mandadas retirar por Napoleón III, los rumores de la abdicación de Maximiliano y el triunfo del Partido Liberal, el regreso del mismo príncipe a la capital y la organización de su ejército en tres grandes divisiones mandadas por los generales Márquez, Miramón y Mejía, y todos los demás sucesos, dieron fin con esa temporada de ópera en el Gran Teatro Imperial (Mañón 181).

Maximiliano confesó al doctor Jilek que no lamentaba su vida en ese momento pues sentía gran satisfacción al pensar que servía a la humanidad y que él podía:

...echar unas gotas de aceite en la gran antorcha de la ilustración; que me es dado contribuir a esta obra de perfeccionamiento en la cual los hombres honestos trabajan desde hace siglos y hasta milenios. Aunque no tengo aquí la brisa del Adriático y la fragancia de Lacroma, vivo, en cambio, en un país libre, entre un pueblo libre, en el cual reinan principios en los que entre ustedes no se puede siquiera soñar durante la noche... Si México está atrasado en muchas cosas, si le falta bienestar y desarrollo material, en cambio, en las cuestiones sociales, las más importantes a mi juicio, estamos más adelantados que Europa y, en particular, que Austria. Aquí entre nosotros reina una democracia sana, sin fantasías enfermizas al estilo de Europa, sino con aquella fuerza y convicción como quizá después de cincuenta años de duras luchas se desarrollará algún día entre ustedes (Corti: 316).

El martes 5 de febrero de 1867, salió el grueso de las tropas francesas que habían permanecido en México, lo cual generó terror en los habitantes de la ciudad. Mañón describe:

...el día 15, abandonaría Maximiliano de Habsburgo la Capital acompañado de sus ayudantes Pedro J. Ormachea y Agustín Pradillo, del doctor Samuel Basch, de su secretario particular don José Luis Blasio, del general Leonardo Márquez y del Ministro de Justicia, don Manuel García Aguirre. A las siete de la mañana atravesó las calles queriéndose guardar la noticia. Dos mil hombres de infantería del regimiento de la Emperatriz, a las órdenes del coronel Miguel López, de la guardia municipal de caballería y de la infantería al mando de sus respectivos jefes, esperaban en la gran garita interior el paso del Emperador hasta Querétaro, donde llegó a las diez de la mañana del martes 19 de febrero (Mañón, 182).

No obstante, el Teatro Imperial siguió efectuando su programación y en marzo se celebrarían los tradicionales bailes de máscaras, que se describen como “muy desanimados”. A raíz de los acontecimientos, se volvieron a interrumpir los espectáculos en el Gran Teatro Imperial.

Maximiliano fue finalmente traicionado por el general Leonardo Márquez y el coronel Miguel López y juzgado por el Consejo de Guerra de Querétaro junto con

Miramón y Mejía, fieles servidores hasta la muerte. Una vez ajusticiados los representantes del Segundo Imperio, Querétaro se mostró triste ya que de forma sincera simpatizaba con el emperador quien siempre había sido afable, se había preocupado por los pobres de toda la República y había sido benévolo con el pueblo (Ídem: 186).

Antes de morir, Maximiliano pronunció con voz fuerte y clara: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria. ¡Viva México!...” (Ídem: 187) Como un homenaje y un reconocimiento a la personalidad de Maximiliano de Habsburgo, Valadés enuncia que ni él ni sus colaboradores “cogieron dinero mexicano –la pureza de sus intenciones siempre estuvo a la vista del mundo nacional y extranjero-. La inclinación del emperador a hacer el bien constituyó un capítulo irrefutable” (Valadés: 290).

Mientras tanto, Benito Juárez se aproximaba a la capital:

La comitiva presidencial, que ocupaba treinta carruajes, penetró por la garita de Belén y siguió por las calles de Bucareli, deteniéndose en la glorieta de Carlos IV, donde se había levantado un altar a la Patria. Un grupo de niñas vestidas de blanco, ofreció allí un laurel de oro al señor Juárez, quien lo aceptó profundamente emocionado. En seguida fueron depositados ante el altar numerosas coronas de flores, siendo el primero en dejar ante él su ofrenda el mismo Presidente (Mañón: 187)

El jueves 18 de julio los antiguos artistas del Gran Teatro Nacional – ya recuperado su antiguo nombre-, celebraron una función en honor del Benemérito don Benito Juárez. La compañía junto con el cuerpo de coros cantó el *Himno Nacional* y continuó con la ópera *Guillermo Tell*. Maximiliano sucumbió como la Ilustración, con una anécdota propia del romanticismo...

Fuentes

- Blasio, J. L. (1905). *El emperador Maximiliano y su corte* (Memorias de un Secretario particular) México, Librería de la V. de C Bouret.
- Conte Corti, E.C. (2003) *Maximiliano y Carlota*. México, FCE.

- De Arrangoiz, F .P., (1968) México desde 1808 hasta 1869. México, Editorial Porrúa, S. A.
- De la Maza, F. (1972) San Miguel de Allende, su historia, sus monumentos. Con un apéndice prehispánico por Miguel J. Malo Zozaya México, Frente de afirmación hispanista, A.C.
- Desternes, S. y Chandet, H. (1964) *Maximiliano y Carlota*. México, Editorial Diana.
- García López, Isaura (1999). La dinámica social de los espacios públicos nocturnos de la Ciudad de México entre los años 1866 a 1869. Tesis de Licenciatura en Historia. México, INAH/ENAH.
- Hamann, B. *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhuller, 1864-1867*, México, CFC.
- Kolonitz, P. (1984) *Un viaje a México en 1864*. México, Cultura Sep. Lecturas Mexicanas, núm. 41.
- Lavalle, J. (1991) “Bailes y bailables del siglo XIX”, mecanograma, 10 de noviembre (Trad. Publicada en *El Ómnibus* de un artículo del *Trade Union*).
- Mañón, M. (2009). *Historia del Viejo Gran Teatro Nacional de México*. Tomo I. México, CONACULTA, INBA.
- Moreno Gamboa, O. (2000) La cultura en movimiento. La prensa musical en la ciudad de México (1860-1910). México, UNAM/INAH.
- Ortiz, O. (1999) *Diré adiós a los señores: vida cotidiana en la época de Maximiliano y Carlota*. México, CONACULTA.
- Pani, E. “El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público”. En <http://www.codex.colmex.mx:8991/f/?/fun=service&doc>.
- Ratz K. y Gómez Tepexicuapan, A. (2012). *Los viajes de Maximiliano en México (1864-1867)*. México, CONACULTA.
- Reglamento y Ceremonial de la Corte. Tercera parte. <File:///c:/Users/Best/Documents/DE%20COMIDAS%20PALACIO%20PP%20338340%20%20%20%20Reglamento%20Y%20ceremonial%20de%20la%20corte,%20Mexico,5201866%20Seccion%20Tercera>

- Rivera Cambas, M. (1987) *Historia de la Intervención europea y norteamericana en México y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Tomo II*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Valadés, J.C. (1977). *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*. México, Diana.
- Wells, W. V. (1868) "A court ball at the Palace of Mexico". *Overland Monthly*, Vol. 1 August 1868, n.2.

www.quod.lib.umich.edu/cgi/t/text/pagevieweridx?c=moajrnl.cc=moajrnl;rgn=full%20text;idno=ahj1472.1-01.002;didno=ahj1472.1-01.002;view=image;seq=0101;node=ahj1472.1-01.002%3A1